HISTORIA

DE

D. Antonio Galvez Arce

POR

GABRIEL BALERIOLA

MURCIA

Tip. de «Las Provincias de Levante.»
1898

D. ANTONIO GALVEZ ARCE

† Fallecido el 27 de Diciembre de 1898.

CUATRO PALABRAS

Es difícil escribir la historia de un hombre que, como D. Antonio Galvez Arce, ha luchado en la política por espacio de cincuenta años, habiendo realizado actos de resonancia dentro de la historia patria.

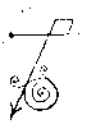
En el relato de tantos accidentes como ofrece la historia de Galvez, se han de olvidar muchos datos y no todos los que se consignen han de resultar rigurosamente exactos.

Los juicios sobre los hechos de la historia de Galvez, pueden resultar apasionados, por que nunca hay la serenidad bastante para comentar con acierto aquellos sucesos contemporáneos que afectan aún á muchos que viven y que en ellos tomaron parte en pró ó en contra.

Por esta razón, nos abstenemos de discutirlos y comentarlos, dejándolos á la posteridad para que con más tino ó imparcialidad los juzgue. Nuestro objeto no es otro que publicar todos los datos que hemos podido adquirir sobre la historia de un hombre que ha jugado un papel muy importante en la mitad de este siglo y que por espacio de algun tiempo fué el árbitro de los destinos de esta provincia, siendo por varios conceptos uno de los más notables murcianos de su época.

Bien sabemos que las hazañas de Galvez merecen pluma mas experta que la nuestra y mayor tiempo y reposo del que nosotros disponemos, para reunir los datos de su vida y coleccionarlos con el órden debido; pero no obsta la publicación de esta breve historia para que otro, con más éxito que nosotros, la publique revestida de acierto y autoridad, para perpetuar la memoria de Antonio Galvez Arce y entregar á la historia de España y de Murcia datos muy interesantes.

Los que nosotros publicamos en este libro, están dictados en su mayor parte por el mismo Galvez á un buen amigo de él y nuestro, y el poseer nosotros tan auténticas notas, nos ha movido principalmente á publicar este libro que entregamos por entero á la benevolencia del público.



Don Antonio Galvez Arce nació el dia 29 de Junio de 1819, en Torreagüera, pueblo de 750 vecinos, de este término municipal y que dista cinco kilómetros de la capital.

Fueron sus padres Antonio Galvez Martinez y María Arce Cárceles, los que vivian de algunos escasos bienes de fortuna que poseían y del producto de las tierras que cultivaban en arrendamiento.

Galvez tuvo dos hermanos varones, uno, llamado Simón, mayor que él y el otro menor llamado Francisco.

Su padre, liberal y demócrata, defendió sus ideales con las armas y siempre que las circunstancias lo demandaban.

Antonio Galvez se afilió siendo muy niño al partido progresista, del que era entonces jefe el marqués de Camachos; éste demostró siempre grande cariño al joven Antonio.

Durante su infancia, asistió Galvez á la escuela de su pueblo, desempeñada á la sazón por su tio el profesor D. José Galvez; pero la necesidad de auxiliar á su padre en las tareas agrícolas, le alejaron, bien á pesar suyo, de las tareas escolares, á las que tenía gran predilec-

ción. Vistas las buenas condiciones del niño, el profesor le permitió que fuese á dar sus lecciones todos los dias, aun fuera de las horas de clase, y nunca fué un óbice el cansancio que produce el trabajo corporal en un niño, para que faltase á la escuela, de la que salió sabiendo cuanto se puede aprender en una enseñanza rural.

Después, en unión de su hermano Simón, se dedicó de lleno al cultivo de las tierras, aliviando, en gran parte, á su padre de los cuidados de su casa.

Por aquellos tiempos que no eran conocidas las vías ferreas, los medios de que se valían los agricultores para exportar los productos de sus cosechas eran, por lo general, carretas tiradas por tardos bueyes, y periódicamente hacía viages el padre de Galvez á Castilla la Vieja, la Mancha ó Madrid.

En uno de sus viajes á la Corte le acompañó Galvez, allá por el año de 1836.

La seriedad con que sostenía sus compromisos desde la niñez y lo grave, á la par que afable de su carácter, le captaron el aprecio de sus convecinos, y las ideas exaltadas que en la política tenía le grangearon el cariño de los primeros políticos de Murcia. Esto, á la vez, le acarreó no poca suma de odios y enemistades de cierta gente de la huerta que le proporcionaron más de un disgusto.

Nos ha referido Galvez, que en el año 1834, presenció en esta capital, y como mero curioso, el desarme de los voluntarios realistas, que ocurrió, según él, en la siguiente forma;

Las fuerzas de voluntarios realistas se formaron á lo largo del Ayuntamiento. En la parte opuesta de la Glorieta, y en la orilla del rio formó el 4.° escuadrón de caballería de Ligeros, mandado por su comandante señor Valdés, liberal exaltado. Este se adelantó hasta enmedio de la Glorieta y gritó dirigiéndose á los realistas: ¡Viva la reina constitucional!

Los realistas no contestaron á esto viva, y el comandante Valdés enfurecido se adelantó con su caballo hasta aproximarse á ellos, gritando con energía:—¡Viva Isabel II, reina constitucional!

Sobrecogidos de temor algunos realistas contestaron al viva aunque friamente. Ordenó Valdés que formados en dos filas fueran pasando por dentro del Ayuntamiento; allí hicieron entrega de las armas y salieron por la calle de S. Patricio.

Poco después fué descubierta una conspiración contra las autoridades liberales de Murcia, acaudillada por el Prior de S. Juan de Dios, Fray Antonio de Asís. Una mañana marchaba éste por la plaza de Cadenas, hoy de Hernandez Amores, con otro conspirador llamado Miguel Saez: ambos fueron acometidos por los liberales, y el Miguel fué muerto con un estoque en dicha plaza, logrando escapar el Fray Antonio de Asís. Este, fugitivo, pudo esconderse en el huerto de S. Blás, donde vivía el que después fué padre político de Galvez.

Allí fué atendido y guardado hasta que falleció, en dicho huerto, á consecuencia de la terrible epidemia colérica de aquel año.

El año 1843, siendo el padre de Galvez teniente de la compañía de milicianos nacionales de Torreagüera é individuo de la compañía su hijo Antonio, ocurrió en Madrid el alzamiento en favor de Narvaez.

Dicha compañía vino á Murcia á ponerse á las órdenes del Marqués de Camachos, y el padre de Galvez pidió á aquél que colocara la compañía en el sitio de mayor peligro, para defender la ciudad contra las fuerzas que, al mando del general Ros de Olano y en número de 4000 soldados, venían sobre Murcia, sublevadas á favor del general Narvaez.

El Marqués de Camachos colocó dicha compañía en el barrio de San Benito y en la misma plaza que hoy lleva el nombre de aquel.

Llegó, en efecto, el general Ros de Olano, iniciando el ataque por lo que hoy es Alameda de Colón, siendo rechazado por dicha compañía y unos 300 voluntarios, que lucharon como héroes, al mando del Marqués. Ros de Olano se tuvo que batir en retirada, siendo perseguido hasta el puerto de la Cadena.

Aquella misma noche se supo en esta que el general Rubin de Celis, también sublevado á favor de Narvaez, venía desde Alicante sobre Murcia con dos batallones. Galvez pidió entonces permiso al Marqués para salir á hostilizarlo desde la sierra de Orihuela, á lo cual se opuso el Marqués por ser un acto de notoria temeridad, que á la vez disminuía las fuerzas que guarnecían esta capital.

Rubin de Celis, después del triunfo de Narvaez, entró en Murcia desarmando la Milicia nacional.

Después de estos sucesos se retiró Galvez á su pueblo y en aquel mismo año contrajo matrimonio con su prima María de los Dolores Arce Tomás, mujer valerosa que ha sufrido con resignación y entereza los grandes azares de la vida revolucionaria de Galvez.

De este matrimonio nacieron seis hijos; dos varones y cuatro mugeres, de las que solo viven hoy dos de éstas.

El último de los varones fallecido, era el popular Enrique: alma noble y sencilla. Enrique acompañó á su padre en todos los peligros personales que arrostró como revolucionario.

En 1843, cuando se casó Galvez, se marchó á vivir á la casa de su esposa, en donde ha fallecido. Esta poética morada es el conocido huerto de S. Blas, que tiene la siguiente historia:

Tan hermosa finca era propiedad de los frailes de San Juan de Dios: cuando la desamortización fué comprada por D. Julián Rosique, hermano del marqués de Camacho.

D. Julián la había comprado para Galvez: la cedió

después á un gran amigo de éste, á D. José María Esbry, del cual la ha heredado su dueño actual D. Enrique Guillamón.

Dedicado Galvez al cultivo de las tierras, se suscitaban frecuentes reyertas sobre riegos, porque los de la cabeza le privaban de agua muy á menudo.

En una ocasión, varios labradores de los que privaban á Galvez del agua, se jactaban de ello, y al saberlo éste marchó con su hermano Simón, armados ambos de escopetas, para evitar el despojo.

Antes de llegar al sitio en que se cometía éste, sentáronse á descansar un poco en la puerta de una casa que hay en el punto llamado Puente de Tiñosa, y en esta actitud vieron venir á cuatro hombres armados de carabinas, siendo uno de ellos el que aprovechaba las aguas que le faltaban á Galvez, llamado Fulgencio Torres. Aproximáronse á los dos hermanos y encarándose el Torres con el Antonio, le dijo:

—¿Qué vienes tú á buscar por estos sitios?

—Me falta el agua para regar, y me han dicho que tú eres quien me la roba y vengo á ver si la quieres dejar pasar.

—Pues aquí no teneis nada que hacer en ese asunto, argulló Torres. A mí me han dicho que tú eres un valiente y quisiera verlo.

—Pues te han engañado, dijo Antonio, yo no soy valiente; pero no dejo que nadie me insulte.

—Si es verdad eso, insistió Fulgencio, vente para la sierra que allí te quiero ver.

Aun no había terminado de hablar, cuando Galvez dió un salto de la silla, enarboló con ambas manos la escopeta y con la culata le dió un golpe en la cabeza al Torres, que cayó á tierra como herido por un rayo. Su hermano Simón no estaba ocioso, pues también repartió sendos culatazos entre los compañeros de Torres, que se pusieron en defensa disparando las carabinas con-

tra los hermanos Galvez; hecho lo cual huyeron dejándose allí al herido y algunas carabinas que recogieron los Galvez y se las llevaron.

Trarcurridos algunos días, los que huyeron en el Puente de Tiñosa, unidos á algunos más volvieron á buscar á los hermanos Galvez, á los que hallaron en Beniajan, custodiando el agua en la *ventana* de la acequia que pasa por la plaza de dicho pueblo. Agredidos á tiros los hermanos Galvez, estos se defendieron sosteniendo una verdadera batalla, de la que resultaron heridos graves Antonio Vera y José Alcázar, entendido por el Frayle Mayorazgo, y herido leve Simón Galvez.

En ambos hechos, se formó el correspondiente sumario por la autoridad judicial; pero ambos procesos se sobreseyeron, sin que Galvez estuviera preso en la cárcel: no lo ha estado nunca.

Galvez, desde muy joven é iniciado por su padre, tomó parte en todas las conspiraciones del partido progresista, siendo gran amigo de los que entonces tambien conspiraban, del Marqués de Camacho, D. Mariano Castillo, D. José Monassot, D. Lorenzo Fernandez, don Juan Polo, D. Gaspar Ba eriola y otros.

La policía secreta sabía que se reunían, pero nunca pudo sorprenderlos. El centro de la conspiracion estaba en la casa del Marqués, calle de la Frenería, en donde hoy está instalada la escuela Normal de Maestras.

Los movimientos revolucionarios del 26 de Marzo y 7 de Mayo de 1848, que se iniciaron en Madrid, no repercutieron en provincias por las deficiencias de las comunicaciones, y aunque aquí se hallaban dispuestos á secundarlos, no se hizo nada, pues no se tuvo noticias de ellos hasta después de fracasados. Cada uno de estos movimientos fué obra de un dia.

Obedeciendo á órdenes recibidas de la Junta Central revolucionaria, en la noche de 17 de Julio de 1854, Antonio Ga'vez y unos treinta hombres de los partidos de

Beniaján y Torreagüera, armados con escopetas, se ocultaron en la casa del molino del Marqués, hasta la mañana siguiente en que salieron y se dirigieron á Murcia para hacer el pronunciamiento, que ya sabían había estallado en Madrid. Observaron que en la puerta del Instituto, que dá frente al rio, había bastantes paisanos armados y á fin de conocer su actitud, las fuerzas de Galvez dispararon algunos tiros. Los de Murcia hicieron señales con pañuelos blancos, dándoles á entender que tambien eran sublevados. Galvez entró en la capital por el puente, sin hallar resistencia ninguna, confraternizando ambas fuerzas. La revolucion había triunfado en Murcia, sin derramamiento de sangre y las autoridades del gobierno vencido, dejaron de ejercer su cargo, quedando garantido el órden de la población, por la Junta revolucionaria, hasta que constituido el gobierno liberal fué nombrado gobernador de Murcia el Marqués de Camachos, y alcalde constitucional don José Monassot.

En el mes de Noviembre del mismo año, se declaró el cólera en Murcia, y Galvez, que tras el triunfo de sus ideales había vuelto á ser el agricultor de siempre, acudió presuroso á la capital, asistiendo personalmente á los atacados y consolando y socorriendo á los indigentes con una caridad inagotable y con los escasos recursos de que podía disponer. En esta humanitaria tarea fué secundado por el alcalde Sr. Monassot, que á pesar de la consternación del vecindario, y de los grandes estragos que hacía la epidemia, no abandonó su cargo oficial.

Estos trabajos fueron recompensados por el gobierno, otorgando á Galvez la Cruz de Beneficencia de primera clase, libre de gastos.

A la vez que personalmente acudia á tanta desdicha, su casa estaba dispuesta para todo el que temiendo á la epidemia, huia de la población. Entre los hospedados en

ella, se hallaba D. Francisco Martinez Gonzalez, entendido por el de la Montejana, porque su esposa llevaba el apellido de Montojano, dueño de un almacen de hierro, establecido en la calle de San Pedro, número 25. A este señor le atacó la epidemia en casa de Galvez y falleció, siendo asistido cariñosamente por la familia de Galvez.

Inmediatamente que triunfó la revolución del 54, se organizó la Milicia Nacional y Galvez fué el primero en presentar al Ayuntamiento la lista de un compañia, compuesta de vecinos de Torreagüera, para la que fué elegido capitan. Teniente de la misma era el Sr. Martinez Gonzalez, que falleció en casa de Galvez del cólera.

Siempre que venia á la capital iba de parada á casa del Marqués de Camacho y con él asistia á las reuniones politicas. El mes de Junio de 1856 corrieron rumores de que se trataba de alterar el órden público y Galvez acudió casa del Marqués á enterarse de lo que pudiera haber de cierto. Este también se habia enterado de los rumores, pero no podia afirmar nada, y para salir de la ansiedad que la noticia le causó, mandó á Madrid á un individuo de su confianza llamado Bastarrochea, quien regresó ya bien entrado el mes de Julio y dijo al Marqués que la revolución estaba á punto de estallar y que seria capitaneada por el general Odonell, cuya política triunfaria indudablemente, dado el aspecto que él habia podido observar.

Cerca de la habitación donde Bastarrachea decía esto al Marqués, dormia la siesta Galvez, quien despertó á la llegada del mensagero y pudo oir su relato.

El Marqués llamó á los prohombres del partido liberal de Murcia para consultarlos, en vista de los antecedentes de que fuera portador Bastarrochea, y en contra de lo que opinaba Calvez, optaron por no oponerse á la contrarrevolución.

Esta actitud del marqués, fué el punto de divergen-

cias de ideas políticas entre el Marqués y Galvez, pues éste creía que tenía fuerzas suficientes para oponerse al alzamiento, pero no se movió á nada, dando pruebas de disciplina.

Esta divergencia política no amenguó el cariño que mútuamente se profesaban.

El dia 24 de Julio del 56, el brigadier Rubin de Celis al frente del regimiento del Rey, la guardia civil y carabineros de la Comandancia de Alicante; Nacionales de caballería de Alicante y Nacionales de Orihuela, entró en Murcia tomando excesivas precauciones militares, pues ocupó todas las bocacalles y la torre de Santa Eulalia y quiso buscar un conflicto con el Ayuntamiento de la capital, por lo que tuvo un fuerte altercado con el obispo de la Diócesis D. Mariano Barrio, que evitó un dia de duelo que el brigadier queria dar á Murcia á toda costa y á pesar de hallarse pacífico el vecindario.

Aquel mismo dia publicó un bando en el que concedia dos horas de término para que hiciese la entrega del armamento la Milicia Nacional de Murcia, acto que consiguió sin el menor obstáculo.

Informado falsamente el gobierno de O'Donnell, ascendió al empleo inmediato al brigadier Rubin de Celis; pero luego que se enteró de la verdad de lo sucedido en Murcia, manifestó su desagrado al general dejándolo de cuartel.

El Marqués de Camachos marchó á Madrid después de cesar en el cargo de gobernador, y transcurrido algun tiempo ingresó en el partido que se llamó La Union Liberal.

Galvez siguiendo su política democrática progresista, conspiró contra el gobierno constituido, poniéndose en comunicación directa con Prim, Serrano, Sagasta, Pí, Salmeron (D. Francisco y D. Nicolás), Castelar, Zorrilla, Orense, Figueras, Roque Barcia y tantos otros, co-

mo prepararon el alzamiento que obligó á Isabel II á abandonar el trono y España.

En Julio de 1866, todo se hallaba dispuesto para secundar la revolución que habia de comenzar en la corte. El movimiento del 22 de dicho mes, solo fué una asonada que murió al nacer, dando por resultado el fusilamiento de 66 sargentos, y la persecución de los políticos mas caracterizados del partido revolucionario.

El 22 de Junio de 1863, el hijo mayor de Galvez, llamado Antonio, de 18 años de edad, falleció víctima de su afición á la caza, recibiendo un duro golpe el corazon del cariñoso padre.

En tal dia se hallaba fabricando cartuchos para cazar, de un monton de pólvora (cinco libras) á la vez que, con la impremeditación propia de sus pocos años, fumaba. La brasa del cigarro cayó en la pólvora, que estalló produciéndole quemaduras gravisimas en todo el cuerpo. La explosión arrojó al jóven á larga distancia y lo elevó á bastante altura, produciéndose en la caida la fractura de la mandíbula inferior izquierda.

A los tres dias falleció, siendo su entierro una manifestación de las simpatías de que gozaba Galvez en la huerta y la ciudad.

A primeros de Septiembre de 1868, Galvez recibió una carta del general Prim, en la que ésto le encargaba que se hallase dispuesto, pues que en la última quincena del mismo mes estallaria la revolución en un puerto del litoral.

La Junta revolucionaria de Murcia la componian: el canónigo Torres, D. Antonio Hernandez Amores, don José Herrera, D. Nicolás Aguilar, D. Gerónimo Poveda D. Rufino Marin-Baldo, D. Andrés Lacárcel y D. José Lacárcel, de Algezares, entendido por Chischás. Con ellos conferenció Galvez y por ellos supo que también habia recibido la Junta otra carta análoga á la

que recibiera Galvez, y convinieron en preparar lo necesario para secundar la revolucion.

El dia 26 supo Galvez que Prim habia llegado sublevado á Cartagena, y reuniendo 500 hombres de los partidos de Torreagüera y Beniajan, armados con escopetas y fusiles, se dirigió á la capital, con intencion de sublevarla; pero al llegar al Barrio del Cármen dejó las fuerzas que le acompañaban en el arco llamado de la Paciencia y él solo se internó en Murcia, con objeto de consultar á la Junta revolucionaria. Al pasar por la posada del Puente observó que el edificio se hallaba ocupado por la guardia civil, y un oficial de este Instituto salióle al encuentro y le dijo:

—Sr. Galvez, lleve mucho cuidado, pues la cosa anda muy delicada.

—¿Con que está delicada? Bien, hombre bien, contestó Galvez, y prosiguió su camino dirigiéndose á la plaza de Cadenas, casa de D. Antonio Hernandez Amores, donde sabia que se hallaba la Junta revolucionaria, constituida en sesion permanente. Al entrar Galvez dijo á la Junta:

—¿Qué hacen ustedes? Prim ha entrado en Cartagena y el pueblo ha secundado el movimiento. Yo me hallo dispuesto á entrar en Murcia sublevado y al efecto traigo conmigo 500 hombres que se me han unido en Beniajan y Torreagüera. ¿Con qué fuerzas contamos aquí?

—Calma; dijo el Canónigo Torres. Es verdad que Prim ha entrado en Cartagena y que el pueblo se le ha unido; pero también es cierto, que una parte de las tropas que había en la plaza, no ha querido unirse al general y se ha salido de Cartagena, dirigiéndose á esta ciudad y pueden llegar de un momento á otro. En su consecuencia, hemos creido que debemos esperar los acontecimientos y se ha dispuesto que los comprometidos de Aljezares, que se hallaban aquí desde hace dos dias, que se retiren hasta segunda órden.

—Pues no se retiran, dijo Galvez: yo entro en Murcia ahora mismo; con la fuerza que contamos haremos la sublevacion y cuando lleguen las tropas que han salido de Cartagena no entrarán.

—De ningun modo, dijo el Canónigo. Su entrada, podrá ocasionar la lucha, y nosotros queremos evitar la efusion de sangre.

—No quiero que me se haga responsable de la efusion de sangre, dijo Galvez, y por lo tanto me retiro. He salido de mi casa sublevado y en esa actitud continuaré. Voy á la estación de Beniaján y allí batiré á las tropas que vienen de Cartagena. Si alguno quiere adoptar esa resolución, que me siga.

D. José Herrera objetó que la junta correria un ridículo si no apoyaba á Galvez, que tan exactamente cumplia las órdenes que tenía recibidas del general Prim; pero la mayoria optó por esperar los acontecimientos.

Galvez volvió á Beniajan y se posesionó del telégrafo de la estación, por el que supo que la tropa avanzaba hácia la capital, si bien muy lentamente, pues venia andando. Aquella noche se le unieron las fuerzas de Algezares y muchas de la capital, entre ellos el individuo de la Junta revolucionaria D. José Herrera y D. Ignacio Crespo, componiendo un total de mil hombres.

Galvez estableció avanzadas que le avisasen de la aproximación de la tropa, y á media noche supo que ésta se hallaba en la venta del Pocico, situada en las Cañadas de San Pedro, cerca de la estación de Riquelme, y que entre los jefes y oficiales habia diversidad de pareceres, pues mientras unos opinaban que debian haberse sublevado en Cartagena, otros creían que debían continuar su marcha en dirección á Murcia. Hallándose deliberando acerca de la resolución que habían de tomar, se les presentó un paisano que les dijo que en la estación de Beniaján se hallaba Galvez con ocho ó diez mil revolucionarios de Murcia y su huerta, esperando su llegada

para batirlos. Esta noticia les decidió y desde Riquelme tornaron á Cartagena á unirse á los sublevados.

Gálvez se enteró de este hecho, y el 27 por la mañana dispuso que se retirasen los amotinados, y quedó con unos cuarenta hombres custodiando la estación de Beniaján. A poco vió venir una máquina que arrastraba dos ó tres coches en los que vieron algunos guardias civiles. Preparó su gente á la resistencia y cuando llegó el tren á la estación salió él solo á reconocerlo.

En el tren venían algunas parejas de la guardia civil escoltando al general gobernador de Cartagena señor Lasausaye, de origen inglés, quien, de antemano, debía estar informado de quien era el jefe de aquellas fuerzas que custodiaban la estacion, pues llamándole por su nombre le preguntó si podía continuar su viage, á lo que Gálvez contestó que desde allí á Murcia podía asegurar que no hallaría obstáculo alguno; pero que Murcia estaba sublevada. Díjole Lasausaye que no pensaba detenerse en Murcia, más que el tiempo necesario para coger otro tren, pues no se había sublevado y le urgía llegar á Madrid. Partió el tren, que llegó sin novedad al término de su viage y Gálvez se quedó desempeñando la misión que se había impuesto. En este mismo día se pronunció Murcia, donde triunfaron los revolucionarios sin disparar un tiro.

El día 28 se dirigió el general Prim á Murcia, y al tener noticia de ello, la Junta revolucionaria salió á esperarle á la estación de Orihuela (hoy Murcia-Alquerías) donde saludaron al caudillo de la revolucion. Prim abrazó á Gálvez diciéndole:

—Tengo la doble satisfaccion de saludar al amigo y á un valiente.

—Como amigo, contestó Galvez, siempre podeis disponer de mí; pero como valiente nada he hecho que no sea cumplir con mi deber.

Desde entonces mostró el general una especial predileccion por Galvez y siempre que tuvo ocasion le demostró su sincera amistad.

Tambien le saludó afectuosamente el general D. Juan Bautista Topete, y todos juntos llegaron á Murcia, donde les esperaba el pueblo en masa con gran entusiasmo.

Desde el balcon central de la Casa Ayuntamiento el general Prim dirigió la palabra al pueblo, recomendando mucho órden.

Creáronse compañías de Milicia Nacional organizándose tres batallones, dos de la capital, cuyos comandantes fueron D. José Cayuela Ramón del primero y don José Jimenez Delgado del segundo; el tercero se componía de individuos de la huerta y era su comandante don Antonio Galvez Arce. Este batallon se componía de dos compañías de Torreagüera, dos de Beniajan, dos de Monteagudo y dos de Murcia.

En Noviembre marchó Galvez á Madrid para asuntos propios, y hallándose en la Carrera de S. Gerónimo vió apearse de un elegante carruaje al general Prim; quien dirigiéndose á Galvez, le abrazó efusivamente y le reconvino cariñosamente porque había ido á Madrid y no le visitaba. Galvez se escusó haciéndole presente que acababa de llegar á la corte y Prim le dió una cita para más tarde, pues en aquellos momentos se dirigía al Congreso. Prim subió á su coche, dirigiéndose acto seguido al Congreso, y Galvez continuó desempeñando sus quehaceres, oyendo los comentarios que hacían los madrileños al ver que un general que era árbitro de la Nación Española, abrazaba en medio de la Carrera de S. Gerónimo á un hombre sencillo del pueblo.

A la hora fijada fué Galvez á ver á Prim quien salió á recibirle á la escalera y con asombro de gran número de militares de alta graduación y bastantes paisanos, dijo á sus ordenanzas que siempre que fuese

á verle el Sr. Galvez no necesitaba vénia para pasar á su despacho.

En su larga conversacion, Prim instó á Galvez para que le pidiera algo, que recompensara los inmensos sacrificios que llevaba hechos en pró de la libertad. Galvez dijo que no necesitaba nada y que por eso nada pedia; pero vuelto á instar de nuevo y hallándose presente su amigo el Comandante Sr. Angeler, dijo: puesto que he de pedir algo y yo nada necesito, pido para mi amigo Angeler una recompensa que á la vez que esta será un obsequio á mí, es un acto de justicia por recaer en tan bravo y pundonoroso militar. Angeler fué ascendido á Teniente Coronel.

Galvez volvió á Murcia, continuó siendo el agricultor de siempre y el conspirador impenitente.

Mientras tanto, la nacion se agitaba en oleadas violentas de encontradas tendencias políticas, pugnando porque el gobierno provisional aceptase el régimen que cada una de ellas proponía, como única salvacion para el país.

1869

A primeros del año 1869 se convocó una Asamblea republicana en Córdoba, y por la provincia de Murcia fueron designados como representantes, D. Antonio Galvez Arce, D. Gerónimo Poveda Nougueron y don Diego Rueda y Espada. En aquella Asamblea se acordó, casi sin discusion, que si las Córtes constituyentes designaban como forma de gobierno español, la República, esta habria de ser federal, y que caso de que acordasen una monarquia, los republicanos harian la revolucion hasta conseguir el triunfo de sus ideales.

Tornaron á sus respectivas provincias los representantes de la Asamblea y esperaron los acontecimientos. Estos no se hicieron esperar. Reunidas las Cortes, los republicanos derrocharon elocuencia para demostrar la bondad de sus doctrinas y los inmensos beneficios que con ellas tendría la patria; pero todo fué inútil. Puesta

á votación la forma de gobierno que habia de regir en España, la República solo obtuvo 70 votos, siendo por consiguiente votada la Monarquía.

Conforme á lo pactado en Córdoba, el dia 29 de Setiembre de aquel año de 1869, recibieron una órden, D. Gerónimo Poveda y Galvez, suscrita por Orense, Figueras, Pí y Margall, Castelar y Salmeron, concebida en los términos siguientes:

«En el momento que reciba V. esta, se alzará en armas, con la bandera Democrática Republicana Federal, considerando como asunto grave cada dia que pase sin que lo efectue.»

Mientras Galvez reclutaba gente en la huerta, Poveda hacia lo propio en Murcia y en la noche del 1.° de Octubre, Poveda, capitaneando una partida, fué á Espinardo y se apoderó de un centenar de fusiles, que habia en dicho pueblo para armar una compañía de Nacionales que allí se estaba organizando.

Al mismo tiempo, Galvez en la estacion de Beniajan, se incautaba de diez cajas de cartuchos que iban para Murcia y en la mañana del dia 2, enarbolaba en la agreste cresta de Miravete la bandera de la revolución.

Apenas se supo esto en Murcia, el gobernador, don Juan José Norato, mandó formar todas las compañías de Nacionales, y ordenó que las republicanas fuesen al Teatro Romea, con órdenes secretas de no dejar salir á ningun individuo, y á las compañías monárquicas las situó en la forma siguiente:

Compañía de D. Ignacio Crespo: Puerta de Orihuela.

Id. de D. Antonio Lopez Megías: Plaza del Correo (hoy Fontes).

Id. de D. Jaime Dáneo: en la casa Ayuntamiento.

Id. de D. Alberto Rubio: Estación ferrea.

Id. las de Aljezares, mandadas por D. José Lacárcel y por D. Fulgencio Meseguer: Posada del Puente.

Cuando las compañías republicanas, encerradas en

el teatro, supieron la verdad de lo que ocurría, se hubieran adherido al alzamiento, pero la diplomacia de los jefes y oficiales pudo contener el movimiento; con todo, el sargento de la 1.ª compañía cuyo nombre nos prohibe personalmente consignarlo, y el de la 4.ª que lo era D. Saturnino Tortosa, formaron sus respectivas compañías y exhortando á los Nacionales á auxiliar á sus compañeros, dieron el grito de ¡Viva la República! Advertidos de ello los jefes, detuvieron á los dos sargentos y los encerraron en la cárcel, y hasta fueron maltratados algunos individuos que persistían en la idea de sublevarse.

D. Gerónimo Poveda al frente de la partida, caminaba hácia Miravete, conduciendo las armas que ocupó en Espinardo, cuando al llegar á la Cueva, caserío cercano á Monteagudo, supo por una confidencia que numerosa fuerza de la Guardia Civil, que venia persiguiéndole, se hallaba próxima á dicho caserío. Considerando escasa la fuerza para resistir á la que le acusaba la confidencia, ordenó dejar los fusiles que convoyaba en la Cueva, y dándose cita en el huerto de San Blas, se dispersaron por parejas. Aquella misma mañana llegó Poveda á Miravete, no ocurriendo lo mismo con el resto de la partida, pues algunos llegaron á otro dia y la mayoria regresó á Murcia.

Trascurrieron la noche y el día del 2 y hasta la mañana del 3, sin que fuerza alguna hostilizase á los federales. Por la tarde vieron avanzar desde Miravete en dirección al monte, fuerza de la guardia civil. Preparáronse á la defensa los revolucionarios, y se destacó hasta el pié del monte una avanzada de voluntarios. Cuando la guardia civil estuvo á tiro, rompióse el fuego por ámbas partes, sosteniéndolo con valentía la avanzada durante largo tiempo, á pesar de ser reducida en número. Al día siguiente, cuando se unió á las avanzadas D. Gaspar Fernández Hermosa, (uno de los disueltos en la Cueva, que

tuvo necesidad de dar un gran rodeo para llegar, por lo que venía con los piés tan hinchados y doloridos, que casi no podía andar), la fuerza del Gobierno cargó sobre la avanzada, y ésta se vió obligada á replegarse monte arriba. Don Gaspar Fernández quiso retirarse también; pero en vista de que le era imposible dar un solo paso, arrojó el fusil á un barranco y se guareció en un repliegue del monte. Hasta allí llegó la guardia civil, siendo descubierto por un individuo llamado Antonio Moreno. El guardia Moreno al verlo, se echó la carabina á la cara y disparó. Don Gaspar recibió el proyectil en la parte superior del pecho del lado derecho, saliéndole por el hombro del mismo lado, haciéndole caer perdido el conocimiento y dejándole allí por muerto. Pasado algún tiempo, recobró el sentido don Gaspar, y notando que perdía mucha sangre, intentó subir á Miravete; pero á los pocos pasos se vió rodeado de guardias civiles, y allí le hubieran muerto, á no ser por uno que dijo:

—No tirarle, que está herido.

Un médico de la Armada que iba con la fuerza del Gobierno, le practicó la primera cura y fué conducido al hospital de Murcia.

El grueso de los federales atacó el día anterior tres á la guardia civil con Galvez á la cabeza; y las fuerzas del gobierno, al mando del Teniente Coronel Gomez Angeler, se replegaron, llegada la noche, para cumplir las instrucciones que tenían de evitar la efusión de sangre, á toda costa.

En la mañana del día cuatro siguiente, D. Gerónimo Poveda marchó á Cartagena á pedir refuerzos á los republicanos de aquella ciudad.

Por la tarde de aquel mismo día, llegó á la falda de Miravete, el Comandante Aldea con fuerzas de la guardia civil, Carabineros y cazadores de Córdoba, formando una columna de 800 hombres y preparándose acto contínuo al ataque.

Galvez disponia en aquel momento de 250 hombres armados y todos ellos se le ofrecieron voluntariamente para bajar de las Crestas de Miravete, con objeto de atacar la columna.

Galvez dispuso que veinte hombres, al mando de su cuñado Francisco Hernandez (a) Melguizo, se colocaran en la primera estribación del monte y que otros veinte hombres se apostaran á retaguardia de los anteriores en un pequeño cerro denominado Cabezo de las piedras, quedando Galvez con el grueso defendiendo el frente de sus posiciones.

Roto el fuego, los federales lo mantuvieron toda la tarde; las fuerzas del gobierno hacían descargas y evoluciones para lograr forzar la posición sin gran derramamiento de sangre, aunque sufriendo alguna baja, cuyo número no pudo precisarse.

Los revolucionarios tuvieron que lamentar la muerte de Francisco Ortiz Pardo, conocido por el Herrero, que temerariamente avanzó de su posición hasta colocarse frente á una guerrilla enemiga, cayendo atravesado y muerto por varios balazos.

El comandante Aldea avanzó con otra guerrilla para hacer un reconocimiento y una bala dió sobre un risco haciendo saltar un trozo de pedernal que le causó una herida en el labio superior, la cual no impidió que siguiera mandando sus fuerzas.

A posturas de sol, los sublevados habian agotado casi todas las municiones: solo les quedaban tres cajas de cartuchos sin la dotación completa de pistones. Galvez comprendió el peligro que corria y mandó disminuir el fuego preparando las fuerzas para la retirada.

El comandante Aldea se apercibió de ello y acto continuo y ya en el crepúsculo nocturno atacó por ambos flancos con las guerrillas y reconcentró los sostenes por el frente, cargando á la bayoneta, cuando los federales se retiraban, casi de noche, por su retaguardia.

Los federales, en su mayoría, se marcharon á sus casas, pues casi todos eran huertanos y se confundieron facilmente con los pacíficos, sin poder ser perseguidos.

El último que abandonó la posición de Miravete fué Galvez, dirigiéndose hácia las Cañadas de S. Pedro, á casa de un cuñado suyo llamado Juan Zamora.

Las fuerzas de Aldea no llegaron á ocupar la cresta de Miravete, por haberse hecho noche; la mayor parte de ellas regresaron á Murcia en el tren de aquella misma noche, acompañando al herido D. Gaspar Fernández, advirtiendo el comandante Aldea que le fusilaran si intentaba escapar.

Mientras tanto, Poveda en Cartagena conferenció con los republicanos, los que entusiasmados con el alzamiento, se dispusieron á ir á ayudarlo, y aquella tarde salieron de la plaza con dirección á Murcia cuatro compañías de Nacionales, con todos sus jefes y oficiales, al mando de los comandantes de voluntarios D. José Profumo y Dodero y D. Pedro Gutierrez y acompañados por D. Esteban Nicolás Eduarte y D. Gerónimo Poveda. Cuando ya bien entrada la noche llegaron á Pozo Estrecho, supieron el fin que había tenido el alzamiento en Miravete y regresaron á Cartagena, desde donde emigró D. Gerónimo Poveda.

Galvez llegó á casa de su cuñado Juan Zamora y se acostó, encargando que le despertasen antes de ser de día. Así lo hizo su cuñado y apenas tuvo tiempo para ocultarse en un pinar próximo, de la vista de una partida de soldados de caballería que venía en su busca.

La partida entró en la casa registrándola minuciosamente y rompiendo algunas puertas de habitaciones reservadas para los dueños de la finca. Galvez estaba tan próximo que todo lo oía y hasta pudo haber muerto algun soldado impunemente desde el escondite, guarecido por la espesura; pero él sabía luchar y no sabia

asesinar. Dos ó tres dias pasó en casa de su cuñado, y al cabo de este tiempo marchó á Torrevieja, embarcando el dia 10 para Argel donde llegó el dia 12, pues la nave era una balandra de poco andar. Desde Argel pasó á Orán.

De este movimiento revolucionario se incohó proceso; entablóse competencia entre el tribunal militar y ordinario, resolviéndose á favor del último, por el que Galvez, fué condenado en rebeldia á la pena de muerte en garrote; y teniendo en cuenta la causa del alzamiento, se le concedía como gracia especial, que fuese al patibulo vestido de traje negro, y no con la ropa que generalmente se acostumbra. Esta sentencia fué dictada por el Juez D. Manuel Navarro.

En Marzo de 1870 se dió una amnistía, mediante la cual volvieron á España los complicados en el primer pronunciamiento Republicano Federal, y Galvez vino á Murcia, pasando al poco tiempo á Madrid. Fué á visitar á D. Juan Prim, el que lo recibió cariñosamente y con tono amistoso le reconvino por la asonada de Murcia.

Después entró en detalles del alzamiento y defendió las altas dotes militares que demostró Gomez Angeler en el ataque á Miravete el dia 3, y terminó pidiendo el ascenso inmediato para dicho militar que tan bien se había portado, aun cuando fué en contra suya. Gomez Angeler fué ascendido á coronel.

Mientras tanto, las Cortes constituyentes discutían la designacion del que, entre los muchos candidatos, había de ocupar el trono español; siendo favorecido D. Amadeo de Saboya, hijo del rey de Italia Victor Manuel. La escuadra española condujo á Italia, una Comision, que ofreció la corona á D. Amadeo, que aceptó y embarcó en la «Numancia», con direccion á nuestras costas á fines del mes de Diciembre de 1870. El dia 27 del mismo mes y año, fué asesinado en Madrid el gene-

ral Prim y Prats, sin que hasta la fecha se hallan descubierto los autores del crimen. Galvez tuvo un verdadero sentimiento por la pérdida del amigo y del hombre que tanto había trabajado en pró de las libertades patrias.

Todo el año 71 y parte del 72, los pasó Galvez conspirando y haciendo propaganda en favor de sus ideales republicanos. En este año se decretó una quinta con qué hacer frente á las huestes filibusteras, alzadas en Cuba desde el año 68 y á los carlistas en la Península; pero los mozos se negaban á pagar este tributo, acogiéndose al grito lanzado en la revolución del 68 y á las incesantes predicaciones de D. Emilio Castelar. Una comisión de los quintos visitó á Galvez, pidiéndole amparase la pretensión, á lo que Galvez accedió gustoso.

Los mozos se reunieron en la Cresta de Miravete, dispuestos á pedir la supresión de las quintas con las armas en la mano.

Varios dias pasaron en Miravete sin que fueran molestados por las tropas del gobierno; pero el dia 25 de Noviembre supo Galvez, por una confidencia, que á otro dia de mañana saldrian de Murcia, para batirlo, las fuerzas de guardia civil, carabineros y tropa que habia en la capital. Aquella noche Galvez separó de los sublevados unos 200 hombres y encargó á su hijo Enrique, que que era la primera vez que acompañaba á su padre con las armas en la mano, que se quedase allí con el grueso de la fuerza, pero que su misión no era atacar sino resistir á la tropa, retirándose muy poco á poco á fin de internarla en la sierra todo lo posible, para evitar su pronto regreso á la capital. Dadas las oportunas disposiciones, Galvez, á la cabeza de sus 200 hombres, la mayoria quintos, pasó la barca de Alquerias y por Monteagudo se dirigió á Murcia, mientras que las tropas, pasando el puente, se encaminaban á Miravete por la opuesta orilla del Segura. La gente que quedó en la sie-

rra, cumplió tan bién las órdenes que tenia, que distrajo á la tropa hasta bien entrada la noche que regresó á Murcia.

La noche antes, Galvez escribió una carta al entonces gobernador de Murcia D. Joaquin Rosell, participándole que al dia siguiente entraría en Murcia, á toda costa, y que si quería evitar efusión de sangre, que no le opusiera resistencia, pues estaba decidido á entrar resueltamente.

La guardia civil que quedó en la capital, estaba custodiando las distintas entradas de la misma, en previsión de que los sublevados, huyendo de las tropas mandadas en su persecución, intentasen entrar en Murcia.

A las 10 de la mañana, Galvez y su fuerza estaban en la puerta de Orihuela, y las cuatro parejas de la guardia civil que la custodiaba, hicieron fuego á la vez que se replegaban por la calle de la Puerta de Orihuela, en dirección al cuartel. Los sublevados atacaron con denuedo y avanzaron hasta llegar al Cigarral, donde se diseminaron para entrar en Murcia, unos por la Ronda de Garay y otros por la Merced. Solo Galvez y dos individuos, quedaron en la calle de la puerta de Orihuela sosteniendo el fuego de la guardia civil y avanzando, aunque muy lentamente. Detrás de Galvez, casi pegado á él, caminaba un chiquelo, que cargado con un saquito de municiones, depositaba de cuando en cuando, puñados de aquellas en los bolsillos de la americana de Galvez, quien se veia en la necesidad de reprimir el valor del jovencito, que con un empeño temerario salia en medio de la calle á observar los movimientos de la guardia civil presentando blanco; mas Galvez le empujaba hácia su espalda, sirviéndole de escudo con su cuerpo.

Al llegar á la plaza de la Trinidad, siguió á la derecha y por la espalda de esta plaza llegó á la de Sardoy y calle de Selgas, saliendo á la de la Rambla.

En la posada del Comercio le ofrecieron un bizcocho

y un vaso de agua, que aceptó descansando algunos momentos, continuando después por las calles de San Lorenzo, Saurin y Barrio Nuevo hasta llegar á la Trapería, donde halló consternados á los comerciantes que se apresuraban á cerrar las puertas de los establecimientos. Galvez tranquilizó cuanto pudo los ánimos, exhortando á que no cerrasen las puertas puesto que nadie habia de molestarles, y continuó por la Plateria, Contraste y San Pedro, en cuya plaza se preparaban los sublevados á la defensa levantando una barricada con los adoquines. Al mismo tiempo las campanas de esta parroquia tocaban á rebato por intimación del republicano D. Saturnino Tortosa, haciendo lo propio en el Carmen, por órden de los sublevados en aquel Barrio.

La guardia civil, apostada por algunas bocacalles, en los terrados y balcones de los edificios públicos, y en algunas torres de iglesias parroquiales, hacia fuego sobre los transeuntes sin reparar en sexos ni edades.

Los sublevados hicieron otras barricadas en las plazas de Abastos y S. Julián. Galvez, seguido del chicuelo de las municiones, acudía á todas partes infundiendo confianza y valor su presencia, y hasta bien entrada la noche se estuvieron batiendo. Durante la noche regresó la fuerza que por la mañana había salido en direccion á Miravete. En la mañana del 27, todas las tropas del gobierno atacaron á los republicanos que se defendieron bravamente en retirada hácia el Barrio, donde hicieron el último esfuerzo, quedando dominada la sublevacion á medio día.

En esta jornada, las bajas del gobierno fueron: un teniente de carabineros y un guardia civil muertos; y del pueblo solo murieron dos de los sublevados, pues aunque fueron once los paisanos muertos, ocho de ellos eran vecinos pacíficos y una muger, heridos al dirigirse á sus domicilios ó al salir de ellos en busca de comestibles.

Entre los paisanos muertos lo fueron dos en la calle de la Puerta de Orihuela, en una casa desalquilada que hacía esquina á la calle Alta y otro en una casa de al lado, en donde vivía un maestro guitarrero.

Estos individuos se refugiaron en dichas casas y allí fueron muertos sin defenderse.

En la calle de Vitorio, entrando por la plaza de Santa Eulalia, había apostado un guardia civil, llamado Molina.

Existía entonces un aguador llamado el Tio Silvestre, que echaba el agua en el cuartel de la guardia civil, y era esposo de la cocinera.

En la confianza de que el guardia le conocia avanzó por la calle de Vitorio, hácia la plaza de Sta Eulalia. El guardia disparó y el tio Silvestre cayó al suelo gravemente herido, muriendo á las seis horas.

Al oir los lamentos del Tio Silvestre, asomó por el balcón de su casa el maestro zapatero Rosendo Fernandez y preguntó si podía bajar á socorrer al herido, á lo cual siguieron los disparos, de los que escapó milagrosamente.

Galvez, seguido de algunos republicanos, se dirigió á Algezares y entonces notó la desaparición del bravo chiquelo de las municiones. Durante muchos años ha procurado inquirir su paradero, pero nunca pudo averiguarlo, hasta el año 1895 que una casualidad lo descubrió. Viajaba Galvez en el tren y en una estacion, subieron al mismo coche dos guardias civiles. Uno de ellos quedóse mirándole fijamente por largo rato, y al fin le dijo:

—D. Antonio, ¿recuerda V. el año 72, su entrada en Murcia por la puerta de Orihuela?

—Ya lo creo; dijo Galvez, hay cósas que no se olvidan.

—¿Y del chico que llevaba las municiones?

—Siempre que recuerdo aquel hecho, se une á él el

de aquel jovencito, casi niño; pero cuya alma era más grande que la de muchos hombres. He deseado averiguar su paradero; pero inutilmente. Quisiera volverle á ver.

—Jamás he sentido más atrevimiento que en aquella ocasión, dijo el guardia, y es que cerca de V. no se puede ser cobarde. Aquí me tiene V. Yo soy el que le llevaba las municiones. No creo que por pertenecer á la guardia civil, padezca nada el mucho cariño que siempre le he tenido y que dé lugar á que V. me rechace.

—No aborrezco á la guardia civil por sistema; cuando aprecio á un hombre, no miro á la clase á que pertenece. ¡Ah! si en la benemérita fuesen todos los hombres como V.!

Galvez tuvo una gran satisfacción al estrechar la mano de aquel guardia, antes su fiel compañero en 1872.

Cuando Galvez llegó á Algezares, se dirigió con la gente que le seguía, á la sierra y por veredas fueron á parar á la Cresta del Gallo, y allí se reunieron los republicanos dispersos en número de 100, que fué aumentando hasta llegar á 150, con los que huían de la encarnizada persecución de la guardia civil en la capital.

En una casa que hay en la citada Cresta del Gallo, se albergaban durante la noche ocho ó diez republicanos y los demás, apenas obscurecía, se iban á los pueblecitos y viviendas próximos donde les dispensaban benévola acogida. Pocos eran los que ignoraban el paradero de los revolucionarios; pero era tal la simpatía que tenían en la huerta, que nadie les denunciaba á las autoridades.

Un jóven vecino de Murcia, cuyo nombre no hay para qué citar, pues pertenece á una respetable familia, que censuró la conducta de aquel; un jóven mal aconsejado y de poca reflexión, se ofreció á las autoridades de la capital para hacer un copo con los republicanos fugitivos, capitaneados por Galvez, en la Cresta del Gallo.

Este sujeto pidió una carta de recomendación para Galvez, al consecuente republicano y honrado maestro sastre del Barrio del Cármen D. José María Martínez; pero ésto se escusó mediante las prudentes observaciones de su esposa, cuyo delicado instinto le señaló cierta desconfianza. No desistió de sus propósitos y marchó á la sierra el 20 de Diciembre, presentándose á Gálvez, quién le acogió con su natural afecto El día 21 recibió Gálvez un aviso, en el que se le decía que se le había ordenado hacer un reconocimiento en la Cresta del Gallo, y le daba la voz de alerta, porque entre ellos había quien los iba á entregar. Gálvez reunió la gente y la dijo que había necesidad de dejar por unos días aquel sitio; que cada uno pensase, sin decirlo á nadie, el parage seguro donde podría estar hasta la Noche Buena, en que todos deberían reunirse en aquel mismo lugar, y que si había alguno que no tuviese abrigo seguro, que se lo dijera, que él se lo proporcionaria. Aquella noche, no quedó en la casa de la Cresta, nada más que el dueño y su familia. Aquel sugeto se fué á Murcia y se presentó á la autoridad, ofreciéndose de guia á la guardia civil para la noche del 22, asegurando que prendería á todos los republicanos.

Aceptado el ofrecimiento, y llegado el momento, á las doce de la noche del 22, noche obscurísima, dicho indíviduo guió una numerosa partida de guardia civil á la casita de la Cresta del Gallo. Las sospechas que había y las órdenes de Galvez, retuvieron á los congregados ora en sus domicilios, ora en las casas en que se hospedaban, y á la hora que la columna llegaba á la sierra, sólo seis ú ocho habían acudido á la casa. El sitio por donde subió la guardia civil, es una senda estrechísima que no permite el paso más que de un hombre. Antes de que tuvieran tiempo de rodear la casa, un perro que había en ella empezó á ladrar con tal insistencia, que el dueño se subió al terrado para observar; pero la guar-

dia civil le vió y le disparó un tiro que le produjo una herida en un brazo de la que falleció á los pocos dias. Este disparo fué la señal de alarma para los que se hallaban dentro, y cogiendo los fusiles, salieron dispuestos á vender caras sus vidas. Breve fué el tiempo que sostuvieron el tiroteo, pues al ver lo numeroso de la fuerza, se dispersaron, logrando huir todos, menos el dueño de la casa, herido, y don Francisco Valdés Pujalte, á quien maltrataron con verdadero ensañamiento, cubriéndole el cuerpo todo de heridas y contusiones. Un guardia civil resultó muerto de un balazo, siendo creencia general, de que por la mucha obscuridad, fué víctima de un disparo de sus compañeros.

Los disparos primeros y los disparos hechos después, avisaron á los que acudian á la casa, del peligro que allí corrian. Galvez y Tortosa se libraron, porque antes de llegar á la casita, les refirió lo ocurrido un leñador. Desde aquel dia, se reunieron de tarde en tarde, ya en el huerto de San Blas, ó ya en Torreagüera. Todos estaban convencidos de que la traicion de que fueron víctimas Valdés y el dueño de la casa, habia sido obra de dicho sugeto y aunque, en conjunto, no tomaron acuerdo alguno contra él, dos de ellos intentaron un medio para apoderarse de aquél. Al efecto, Moreno y Teller se fueron al castillo de Monteagudo y enarbolaron una bandera negra. Esta señal llamó la atencion en la capital y dicho sugeto se presentó á la autoridad, diciendo que no hiciesen nada por averiguar lo que aquello significaba; que él iria á enterarse y que á su vuelta se obraria en consonancia de lo que fuese. En vista del resultado de su anterior denuncia, aceptaron su promesa y se encaminó á Monteagudo, solo, confiado en que los republicanos no tenian indicios de su propósito. Mucho le extrañaba no hallar á nadie en el monte y ya tenia intentos de volverse temiendo una emboscada; pero se arrepintió de sus temores y continuó subiendo hasta ponerse al

pié de la bandera. En aquel momento salieron de su escondite los dos revolucionarios, y el individuo al verlos, huyó precipitadamente, dando gritos y demandando compasion, siendo perseguido muy de cerca; mas viendo que no podia escapar, se paró de pronto y poniéndose de rodillas, con lágrimas en los ojos, suplicó que no le matasen, que le llevasen á la presencia de Galvez y que aceptaria gustoso el castigo que este le impusiese. Resolvieron acceder á su súplica y lo llevaron al huerto de San Blás, presentándole á Galvez, quien con frase dura le afeó su mala conducta, sin que aquél tuviese una palabra de disculpa. Ordenó lo quitasen de su vista y despues encargó á sus parciales, que procurasen no se evadiera, pero que fuese tratado con toda consideracion.

Encerráronlo en una bodega y pusieron á su disposición libros y artículos de escritorio para que su ócio no fuesen tan sensible.

Así las cosas, llegó el dia 10 de Febrero de 1873, en que D. Amadeo hizo solemne renuncia por sí y por sus hijos de la corona de España, y el 11 del mismo mes se proclamó la República española, constituyéndose un ministerio, que el mismo dia telegrafió á Galvez tan fausto suceso. Por su parte el gobernador civil de esta provincia se apresuró á comunicarle la novedad y suplicarle viniese á la capital. Galvez contestó al gobernador, que se hallaba dispuesto para ir á Murcia; pero que antes habia de tener la seguridad de que la guardia civil habia desalojado la capital, pues en caso contrario temia que sus parciales tomasen revancha de las ofensas que este cuerpo les hiciera; que del sostenimiento del órden respondia él. Hízose como Galvez lo pedia. La guardia civil evacuó la capital por órden superior y el dia 16 entró Galvez en Murcia, escoltado por los revolucionarios y conduciendo al sugeto antedicho.

Casi todo el vecindario salió al Barrio del Carmen á esperar la entrada del héroe de Miravete, dispensándole

una acogida entusiasta. Cuando llegó Galvez al Arco de la plaza de Camachos, una parte del público quiso agredir al referido sugeto, observado lo cual por Galvez, hizo que lo pasasen á las ancas de su caballo y en esta forma lo paseó por Murcia y lo llevó al gobierno civil, donde estaban las autoridades reunidas, á las que dijo presentándole al individuo:

—No traigo á este hombre para que se le persiga por su delito, que nosotros ya se lo hemos perdonado: lo traigo para desmentir las versiones calumniosas que han corrido en Murcia, sobre malos tratos y hasta ensañamiento de nuestra parte para con él; declare V., dijo dirigiéndose á aquel, con toda franqueza, cual ha sido el trato que ha recibido de nuestra parte.

—No tengo cargo ninguno que hacer á los republicanos. Han debido fusilarme y no me han hecho daño alguno, contestó el indivíduo.

Designóse despues en el Círculo de Miravete, una comisión compuesta por D. Saturnino Tortosa y dos indivíduos más de los republicanos, quienes se hicieron acompañar de un médico y un notario, para que acompañasen á aquél á su casa. El anciano padre de este recibió la comisión anegado en llanto y suplicó á la misma que no le hiciesen entrega de aquel hombre que era el deshonor y la afrenta de su familia; pero cedió ante las razones de la comision y se procedió por el médico en presencia de todos, al reconocimiento del mismo y el notario levantó acta de que se hallaba sin la menor lesión. Poco dias despues se embarcaba aquel para Buenos Aires, y de allí á Rio Janeiro, donde según se dice, falleció de la fiebre amarilla.

El gobierno republicano convocó á elecciones generales para diputados á cortes, siendo elegidos por Murcia, por el primer distrito D. Gerónimo Poveda, por el segundo D. José Cayuela y por el tercero D. Antonio Galvez Arce.

Reunidas las Cortes, se discutió ampliamente la forma por que se había de regir la República Española, y puesta á votación fué elegida, casi sin oposición, la Federal.

En Murcia, como en toda la nación, se organizaron Batallones de Voluntarios Republicanos, siendo elegido Comandante de uno de ellos, Galvez.

Los federerales estaban impacientes por que se plantease el régimen votado en Cortes y esperaban que terminase el año económico, en la creencia que al principio de Julio se haria la reforma, pero llegó esta fecha, y el poder ejecutivo no pudo plantearla, absorvida su atención en las guerras que en Cuba los filibusteros y en la Península los carlistas, hacían desde 1868.

Viendo los federales que la reforma votada en Cortes se prolongaba indefinidamente, trataron de constituirse en cantones varias capitales de provincias y Galvez intentó hacerlo en Cartagena. A petición de los voluntarios, dispuso el gobierno, que estos alternasen con la tropa en la guardia de los castillos y el dia 4 de Julio, montó la guardia del de Atalaya, una compañía de voluntarios.

El día 11, que era el señalado para ser relevados por la tropa, cuando esta llegó al castillo, los voluntarios no se dejaron relevar. La tropa regresó á la plaza á dar parte de lo ocurrido. Los cantonales prendieron al Comandante del castillo de Galeras y á algunos individuos existentes en la fortaleza, que se negaron á unirse á los federales. Varios individuos de la plaza subieron furtivamente hasta llegar al pié del castillo y pretendieron penetrar para reforzarla guarnición; pero les fué imposible porque las llaves las guardaba el gobernador del Castillo. Entonces dos obreros, hijos de Murcia, propusieron que esperasen allí hasta que ellos lograran las llaves. Aceptado el ofrecimiento, y entrada la noche, partieron los dos obreros á hablar con el jefe del Castillo

y solicitaron ver al mismo con urgencia. Trasmitido el recado, contestáronles que el Sr. Gobernador se hallaba en cama, pero que en vista de la urgencia que decían, que pasasen á su alcoba. Una vez en la habitación donde reposaba el gobernador, sentáronse cada uno á un lado del lecho, y uno de ellos, llamado Gracia, de oficio zapatero, de un modo ingeniosísimo, habló pintando la situación de una plaza fuerte, en la que los republicanos se habian apoderado de la fortaleza más importante y en la que contaban con grandes elementos revolucionarios. Que disponian de todos los fuertes, pero que las llaves de estos fuertes se hallaban en poder del gobernador militar, y que los revolucionarios fueron á tomarlas de grado ó por fuerza, y terminó diciendo Gracia—hé aquí la consulta, que ha terminado nuestra visita. ¿qué haria V. si se hallase en igual caso?

El gobernador comprendió la estratagema y sin vacilar contestó:—No hay que hacer fuerza ninguna. Estas son la llaves que buscais y si necesitais algo mas, disponed de mí.

Los dos obreros con las llaves de Galeras, abrieron las puertas entrando los cantonales, quedando como comandante de la fortaleza D. José Saez, cabo de carteros de Cartagena, el que dispuso á la mañana siguiente que se disparase un cañonazo enarbolando la bandera federal.

La Junta revolucionaria telegrafió inmediatamente á Galvez y organizando las fuerzas de voluntarios desarmó á toda la guarnición sin resistencia y dispuso que las tropas que no quisieran secundar el movimiento saliesen de la plaza, y así lo hizo el Comandante militar con las tropas de la guarnición; pero antes de salir pidió á la Junta que le diese fusiles á la tropa, por no pasar por la vergüenza de ir desarmados, á lo que se accedió armándola con fusiles viejos que habia en el Parque de la ciudad.

Los federales de Murcia, telegrafiaron á Galvez consultándole la conducta que habian de seguir en vista de los acontecimientos de Cartagena. Contestóles que el Comité sabia á qué atenerse en el asunto y en consecuencia, á pesar de que algunos del Comité querian aguardar otros acontecimientos para decidirse, D. Saturnino Tortosa al frente de su compañia, recorrió las principales calles de la capital proclamando el Canton Murciano, sin hallar resistencia alguna y tomó posesión del Ayuntamiento. La Junta Cantonal designó á Tortosa para el desempeño interino de la Alcaldia. Todos los individuos de la guardia municipal presentaron la renuncia de sus destinos, excepción hecha de un individuo llamado Pablo. La fuerza de órden público con su inspector á la cabeza, que lo era D. Gaspar Fernandez Hermosa, se presentó al gobernador civil, D. Juan A. Artadill y le hizo presente que reconocia la autoridad de la Junta revolucionaria, y colocó en los balcones de la casa gobierno la bandera Federal.

La Junta Cantonal estaba compuesta de los señores siguientes:

Presidente: D. Gerónimo Poveda Nouguerou.

Vice-presidente: D. Antonio Hernandez Ros.

Secretarios: D. Pascual Martinez Palao y D. Francisco Valdés Pujalte.

Vocales: D. Martin Fontana, D. Manuel Multedo, D. José M.ª Callejas. D. Saturnino Tortosa y D. Tomás Valderrábano.

Esta Junta se constituyó en el palacio espicopal que por aquella época no ocupaba el Obispo de la diócesis, Excmo. Sr. D. Francisco Landeira y Sevilla, que residia provisionalmente en Lorca.

El gobernador civil, comunicó á D. Francisco Pí y Margall, presidente de la nac ente República Española, la actitud de los federales murcianos, y Pí le contestó suplicándole aconsejase á sus correligionarios que de-

pusiesen su actitud y que confiasen en el gobierno de Madrid. El amor á la federación y temor de perder la República por un golpe de estado, hizo que los revolucionarios desoyesen este consejo. En vista de que no le era posible reducir el movimiento, el gobernador trató de marcharse á Madrid secretamente; más enterada la Junta, ordenó al inspector de órden público D. Gaspar Fernandez Hermosa, que saliese en su persecución, quien le dió alcance en la estacion férrea de Alguazas donde le aprehendió y condujo á presencia de la Junta, que lo retuvo en la capital y despues en Cartagena, cuando los acontecimientos la obligó á encerrarse en aquella plaza.

Dicho inspector de órden público D. Gaspar Fernandez Hermosa, presidió también en esta capital y frente al café del Sol, á los dos Jueces de primera instancia y á los dos Fiscales, que se marchaban en un carruage fuera de la capital, sin órden de la Junta revolucionaria, á la que antes se habian ofrecido.

La Junta los dejó después en libertad.

Desde el dia 12 de Julio, hasta el dia 12 de Agosto, que estuvo la capital constituida en Canton, ha sido el periodo mas pacífico que se regístra en los juzgados de Murcia; pues en todo aquel mes no hubo que lamentar riña, robo ú otro delito común, que por desgracia tanto abundan en todas las épocas, pero especialmente en los periodos de revueltas sociales.

La Junta cantonal de Cartagena la componian:

Presidente: D. Pedro Gutierrez.

Vice: Sr. Ortega (padre.)

Vocales: D. Eduardo Germes, General D. Juan Contreras, Brigadier de Marina Sr. Santa Cruz, D. Antonio Galvez Arce, Sr. Menendez y D. Juan Cobachos.

Secretarios: D. Pedro Roca y D. Salvador Azcoytia.

La escuadra, que se hallaba en el puerto de Cartago-

na, se puso á las órdenes de la Junta Cantonal: se componía de los buques siguientes:

Numancia, Victoria, Almansa, Tetuán, Mendez Nuñez, Fernando el Católico y el Vigilante.

Habiendo sabido la Junta Cartagenera que el Tercio de la Guardia Civil de la provincia de Alicante, se hallaba reconcentrado en Orihuela, dispuso que Galvez al mando de las fuerzas de Mendigorria y dos piezas de artillería, se dirigiese á dicha ciudad, y avisó á la Junta de Murcia, para que, en combinación, mandase algunas fuerzas de voluntarios al mismo destino. Cerca de Orihuela, unidas á las fuerzas de Galvez, las que salieron de Murcia, al mando de D. José M.ª Callejas, dispuso Galvez que la mitad de la columna pasara el rio Segura por un vado y entrara en Orihuela por el camino de Alicante, á la vez que él lo efectuaba por la parte Sur, como lo hizo sin hallar resistencia alguna á su entrada.

Rebasado el puente notó Galvez, que en la puerta de una posada, la de Pisana allí próxima, habia un guardia civil que al notar la presencia de los republicanos se entró en la posada presuroso.

Galvez se adelantó á la fuerza y al llegar á la puerta de la posada vió á once guardias de caballeria, que preparaban los caballos disponiéndose á salir y les dijo:

—Guardias; dejen otra vez los caballos en la cuadra y nada teman, pues nada se les hará.

El sargento de la guardia, encargado de aquella fuerza, conociendo que era una locura oponerse á lo que dispuso Galvez, ordenó la obediencia y desaparejados los caballos continuaron comiendo, pues á esta operacion se hallaban entregados cuando notaron la proximidad de los cantonales.

Estos establecieron una guardia en la puerta de la posada, reteniendo á los once guardias civiles como prisioneros. El batallon de Mendigorria se alojó y Gal-

vez con algunas fuerzas de voluntarios, se dirigió hácia la Glorieta, donde le digeron se hallaha el grueso de la guardia civil.

En una de las calles que pasaron, vió la vanguardia al capitan de la guardia civil D. Mariano Artés (hoy comandante retirado) y el gefe de la vanguardia Francisco Hernandez (a) Melguizo, quiso disparar sobre el capitan, é indudablemente lo hubiera muerto de no interponerse Galvez que lo impidió, dejándolo en libertad.

Cuando llegaron á la Glorieta, vieron al Brigadier que mandaba el Tercio en la parte opuesta del paseo, el que dirigiéndose á los cantonales, dijo:

—Ciudadanos; ¡viva la República Federal!

Los voluntarios contestaron al viva y confiados entraron en la Glorieta. Dos soldados de Mendigorría, que como curiosos habían seguido á los voluntarios, subieron algunos escalones que dan acceso al salón del paseo. En este momento se destacó un peloton de guardias civiles por una bocacalle cercana á donde estaba el Brigadier, é hizo una descarga cerrada, ocultándose inmediatamente, sin dar tiempo á que los cantonales tomasen la defensiva.

Un soldado de Mendigorría cayó muerto y el otro herido de gravedad, lo mismo que Francisco Hernández (a) el Melguizo, resultando varios contusos. La indignación de los cantonales fué grande, y Gálvez preparó toda su gente dispuesto á castigar aquel acto, ocupando todas las calles que daban al paseo. Al llegar á una de ellas, fueron tiroteados por algunas parejas de la guardia civil, que apostadas en las esquinas y en las puertas de las casas, disparaban sobre todo el que les presentaba blanco. Gálvez recomendó al grupo que dejó allí que cuidasen de no descubrirse, imitando la táctica de sus adversarios, y dando él el ejemplo, cogió un fusil y al primer disparo hirió á un guardia civil tan gravemente

que falleció á los pocos momentos, no sin que antes concediese autorización á un sacerdote que le pidió su venia para auxiliarlo espiritualmente.

Desde aquel momento se generalizó el ataque, iniciando la retirada la guardia civil por el camino de Alicante, que hallaron expedito porque la mitad de la columna que tenía la órden de llegar por el indicado camino, no pudo verificarlo por no hallar el vado para pasar el río. Ya en el camino pudo trabajar la artillería, haciendoles dos disparos de cañón.

La guardia civil sufrió en este día 14 muertos, 52 prisioneros y 44 caballos, que se cogieron con todo el equipo.

Los cantonales perdieron al soldado que murió en la Glorieta y varios heridos de más ó menos gravedad, que todos sanaron.

Había necesidad de curar á los heridos, y al efecto se intimó á los farmacéuticos para que abriesen los establecimientos; pero no se encontró á ninguno que se prestase á remediar necesidad tan urgente. Gálvez hizo colocar uno de los cañones frente á la puerta de una botica, y disparándole, hizo astillas la puerta, pudiendo solo á esta costa proporcionarse las medicinas para los heridos.

Aquel mismo dia regresaron á Murcia los voluntarios que de ella fueron á Orihuela, y Galvez con las fuerzas que trajo de Cartagena regresó á la plaza conduciendo los prisioneros, que los tuvo encerrados dos dias en un ponton: pero atendiendo á los ruegos y lágrimas de la mujer de uno de los guardias, los dió la libertad al tercero dia. Antes de darles la libertad, Galvez les hizo formar y les exploró la voluntad, por si había alguno que quisiese quedarse en Cartagena para defender el Cantón. Ninguno aceptó la proposición y todos fueron puestos en libertad.

El dia ocho de Agosto, intentaron los cantonales hostilizar á Martinez Campos, que con un fuerte ejérci-

to sitiaba á Valencia que se habia declarado en Cantón, y al efecto, salió en ese día de Cartagena un tren con fuerzas de todas las armas al mando de Pernas.

El dia nueve salieron de la estacion de Murcia otros dos trenes con fuerzas al mando del General Contreras y de Galvez. El primero conducía al batallón de Mendigorría y á ambos caudillos, y el segundo tren al Regimiento de infantería de Iberia y algunas compañías de voluntarios. Estos trenes iban uno á la vista del otro.

Los cantonales valencianos habian capitulado con el ejército Centralista y Martinez Campos al tener noticias del movimiento que intentaban los cantonales murcianos, mandó al General Salcedo, con fuerzas de infantería, caballería y artillería, á la estación de Chinchilla.

Cuando el tren del día ocho, llegó á dicha estación, le dejaron que entrase en agujas, y una vez allí lo cañonearon desde muy cerca y á mansalva, pues las fuerzas expedicionarias, al ver los destrozos que los proyectiles causaban, se arrojaron de los coches dispersándose por el campo sin poderse organizar resistencia alguna, quedando mucha gente apresada por las tropas de Salcedo; principalmente fué hecho prisionero el batallon de infantería de Marina.

Los trenes del día nueve, llegaron juntos á Hellín y se dispuso que el tren que conducía al Regimiento de Iberia, que esperase en Hellín, mientras el otro tren se adelantaba á Chinchilla desde donde le ordenaría que avanzase. Esta medida la tomó Galvez porque ya tenía indicios, aunque vagos, de lo ocurrido á Pernas.

Adelantóse el tren hasta llegar á Chinchilla y Salcedo le dejó avanzar hasta donde llegó el de Pernas, y allí tambien lo cañoneó, ocasionando destrozos en el tren. Un proyectil entró en el coche en que iban Galvez y Contreras, librándose ambos providencialmente, de una muerte cierta; pues el proyectil no hizo explosión.

La presencia de ánimo de Contreras y Galvez salvó á esta expedición de correr la misma suerte que la anterior. La infantería desembarcó ordenadamente y estas fuerzas estuvieron defendiendo y protegiendo el desembarco de los caballos y demás efectos que en el tren llevaban y en vista de la inferioridad numérica y de las buenas posiciones que tenía el ejército centralista, emprendieron la retirada á pié, recogiendo á muchos dispersos de la expedición anterior, entre ellos á Pernas.

La noticia de lo ocurrido á las dos expediciones, llegó á conocimiento de los que esperaban en Hellin y resolvieron acudir al sitio del peligro, para ayudar á sus compañeros, ó morir con ellos si preciso fuese. Avanzó el tren hasta llegar á Pozo-Cañada, donde halló á los que regresaban de Chinchilla.

Reunidos en consejo los gefes y oficiales, resolvieron regresar á Murcia, puesto que su viaje á Valencia ya no tenia objeto, en vista de que ya no existia el Canton Valenciano.

Llegados á Murcia en la noche del diez, el vecindario sintió mucho la pérdida del Batallon de Infantería de Marina, que en el corto tiempo que estuvo en la capital, se habia captado generales simpatías.

El dia once en la tarde, supieron los cantonales que los generales Palacios y Martinez Campos, se dirigian sobre Murcia, á donde llegaria á otro dia y la Junta Soberana en union de los generales del ejército cantonal acordaron retirarse á Cartagena, donde, dadas las condiciones militares de aquella plaza, les seria mas fácil la resistencia.

Toda aquella noche hubo un movimiento inusitado en la población, y en la estación férrea, preparando material para trasportar á los republicanos á Cartagena.

Antes de que amaneciese el dia 12 de Agosto de 1873, empezaron á salir trenes atestados de militares y paisanos, saliendo el último después de llegar á la misma es-

tación el tren que conducia al general Martinez Campos, tanto que apeado y visto por los republicanos, estos les apuntaron con las carabinas y tal vez habria terminado allí la carrera el héroe de Sagunto, si el Jefe de la estación D. José Sanchez Aleman, no sale de las oficinas y dirigiéndose á los cantonales les grita:

—Dice el general Martinez Campos, que depongais las armas y que os marcheis á vuestras casas, que él os asegura que nadie os molestará.

La contestación de los republicanos fué dar un ¡Viva el Canton Murciano! y ordenar la salida del tren.

Cuando Martinez Campos llegó á Murcia, quedaban muchos revolucionarios que por no caber en los trenes unos, y por sus ocupaciones otros, no habian podido marchar, pero todo el resto del dia y de la noche, se fueron marchando en dirección á Cartagena en carruages y á pié.

En este dia terminó la Junta Revolucionaria de Murcia, que durante treinta dias habia estado funcionando.

Debemos hacer constar, en honor á la verdad, que durante el tiempo que duró el Cantón en la capital, no hubo desmanes ni atentados contra las personas y la propiedad, y que el inspector de órden público don Gaspar Fernandez Hermosa, dejó gratísimos recuerdos por su celo y honradez.

El día 14 se puso sitio á Cartagena, siendo Comandante General del ejército sitiador, el Brigadier don Arsenio Martinez Campos. Dentro de las muros de la heróica ciudad habia seis mil cuatrocientos trece cantonales, entre Jefes, Oficiales é individuos de tierra y de mar.

El malogrado D. Enrique Galvez Arce, sirvió en el ejército del Cantón, como teniente de uno de los Batallones de voluntarios, y aunque tenía poca edad, demostró á cada paso que era digno heredero del apellido

que llevaba. Siempre se le veia en los sitios de más peligro y las balas respetaron su vida; lo cual no quiere decir que saliera ileso, pues uno de los últimos proyectiles que cayeron en la plaza, estalló, y un casco le ocasionó una herida en el pié izquierdo, de pronóstico reservado, de la que tardó de curarse en Francia.

La Junta Cantonal de Murcia recaudó fondos de los Ayuntamientos de Lorca, Abanilla y Fortuna y algún otro, para lo que tuvo que mandar fuerzas de voluntarios, y en todos los pueblos se recaudó algo sin hallar gran resistencia en los vecindarios.

—

El Canton Murciano es uno de los hechos mas notables de la historia contemporánea. Desde la reconquista no habia estado la provincia de Murcia separada del poder central, con su Junta de gobierno independiente, con sus autoridades y con su régimen propio, contando, como contó el Canton, con fuerzas propias de gran entidad en medio de aquellas tremendas dificultades y vacilaciones que sufria el poder central.

En el Canton Murciano, fué Galvez el verbo, el prestigio mayor, el alma de tan grande movimiento revolucionario.

En el se puso de relieve, mas que nunca, su gran figura, su carácter entero, su naturaleza infatigable y sus sentimientos honrados.

No permitió en aquel periodo de tan vehementes pasiones el menor desmán, olvidó los agravios de sus adversarios en las luchas políticas y habiendo sido el árbitro de la revolucion cantonal, emigró después de terminada esta, sin cinco pesetas.

Exponiendo muchas veces su vida, con una serenidad pasmosa, tuvo rasgos propios de hombres superiores.

El sólo sublevó la escuadra, surta en el puerto de Cartagena, recorriendo una por una las fragatas, é izando

en ellas la bandera de la revolución; él mantuvo la defensa de la plaza de Cartagena, hasta que el hambre de los sitiados buscaba las ratas como un manjar superior; él sólo, con su hijo Enrique, detuvo á la Junta Suprema de Cartagena, por creer que abandonaba su puesto en los momentos más angustiosos del sitio y del bombardeo; él prendió á los jefes militares de la plaza, cuando los creyó en inteligencia con los sitiadores, para entregarla.

Galvez, eclipsó con sus energías, á todos los gefes del cantonalismo; Galvez se impuso con su prestigio y con su carácter, Galvez era el más firme sosten de aquella revolución.

El Canton Murciano requiere una historia completa, como hecho muy notorio y saliente en nuestras discordias civiles. Aquí consignaremos lo que mas directamente se refiere á Galvez y para mayor esactitud é imparcialidad, nos atenemos á las reseñas publicadas en aquella época y que por nadie fueron contradichas.

—

El dia 12 de Julio de 1873, se publicó la primera alocucion de la Junta revolucionrria cantonal de Cartagena, que dice así:

La Junta revolucionaria al pueblo.

Cartageneros: Los que por la voluntad de la mayoría del pueblo republicano de esta localidad, hemos constituido la Junta de Salud Pública de la misma, tenemos el deber imprescindible de hacer una declaración categórica de nuestras miras, de nuestros principios y de los intereses que defendemos y que tratamos de resguardar para bien de la República y para la salvación de la patria.

Proclamada como forma de Gobierno para España la

República Federal, el pueblo republicano en su inmensa mayoría reclamaba, como imperiosamente exigía las circunstancias, que se organizase la federación estableciendo inmediatamente la división regional de los cantones y dando á estos y al municipio la autonomía suspirada de tanto tiempo, proclamando la ilegislabilidad de todos los derechos inherentes á la personalidad humana y todas en fin cuantas ideas y principios han sido escritos de siempre en la bandera de nuestro partido que tantos mártires cuenta bajo su sombra caidos al hierro y fuego de la implacable tiranía.

Pero el pueblo, ansioso de esta reforma, sediento de esta redención tan deseada, veia prolongarse indefinidamente sus momentos de agonía, veia amenazada la República de un golpe de muerte, y no veia en el gobierno ni en la Cámara Constituyente una predisposición positiva para la inmediata ejecución de estas reformas, y créo que sin ellas, sin su instalación, se perderá irremisiblemente el corto terreno adelantado, y negando el país á sus gobernantes una confianza que acaso pudiera no merecerla, se perderia indudablemente para muchísimos años la libertad en esta tierra de España.

La Junta de Salud Pública viene á atender á tan sagrados intereses; acaso el pueblo hubiera aguardado en su angustia un breve momento más; pero la reconcentración de grandes fuerzas en algunos puntos de Andalucía, la dolorosa nueva de que dos magníficas fragatas surtas en este puerto, habrán recibido la órden de salir inmediatamente para Málaga, la sensación que esta desconsoladora noticia ha causado entre los voluntarios de la República de esa ciudad, ante el temor de que pudieran realizarse tan tristes vaticinios, las últimas medidas adoptadas por el actual Ministro de la Guerra, por las que ha separado del mando de las fuerzas públicas á militares íntimamente adheridos al nuevo órden de cosas; han hecho comprender al pueblo que era lle-

gada la hora de salvar, de constituir definitivamente la República Federal, y que no hacer esto sería tanto como cometer una indignidad que no podemos suponer en ningun pecho republicano donde se albergue y lata un corazón de hombre.

Esta Junta creería faltar al cumplimiento de un altísimo deber si no hiciera público el dignísimo proceder de un gran pueblo, que sin presión, sin trastorno, sin insultos, sin vejaciones ni atropellos, acaba de realizar uno de esos movimientos que serán siempre su mejor escudo contra la pública maledicencia.

Se han puesto en armas por que han creido ver en inminente riesgo la santa causa de la República Federal, y á ofrecerle su más denodado y decidido apoyo van encaminadas todas sus generosas y laudables resoluciones.

Esta Junta, emanación de la soberania de las fuerzas populares y que no admite, para que así lo tengan entendido todos, inspiraciones que no sean dignas de la honradez y buena fé de este pueblo cartagenero, está pronto á castigar de una manera rápida ó inexorable á cuantos pretendan encauzar el movimiento revolucionario por ocultos senderos ó arrastrar la pública opinión á escesos que esta Junta reprimiria rápida é instantáneamente.

A que los hombres honrados de todos los partidos se persuadan y convenzan de los buenos deseos que animan á esta Junta y de su profundo respeto hácia todas las creencias, van principalmente dirigidas estas manifestaciones.

Aquí no hay verdugos ni víctimas, opresores ni oprimidos; sinó hermanos prontos á sacrificarse por la libertad y felicidad de sus conciudadanos.

¡Viva la República Federal!

¡Viva la Soberania del pueblo!

Cartagena 12 de Julio de 1873.

Presidente, Pedro Gutierrez.—Vice-presidente, José Bonet Torrens.—Vocales, Pedro Roca.—José Ortega Cañavate.—Juan Cobacho.—Pablo Melendez.—Francisco Ortuño.—Pedro Aleman.—Juan José Martínez.—José Garcia Torres.—Miguel Moya.—Secretarios: Francisco Minguez Trigo.—Eduardo Romero Germes.

Crónica Revolucionaria de Cartagena

Iniciose el dia 12 del presente Julio de 1873 el movimiento revolucionario de esta ciudad, por la Junta interina de Salud Pública, constituida en la noche anterior y sus primeros actos fueron encaminados á conservar el fuerte de *Galeras* en poder de los voluntarios móviles que lo guarnecia, y que debian ser relevados por la fuerza del regimiento de Africa en la mañana de dicho dia. A las 4 de la mañana un fuerte refuerzo de voluntarios no movilizados penetró en el castillo sublevando su guarnición sin resistencia, é izando la bandera roja y disparando un cañonazo, señal de antemano convenida, avisó á la población y á la Junta la consecución de su intento.

Generalizóse el movimiento inmediatamente por toda la ciudad ocupándose las calles y puntos extratégicos de ella con fuerza de voluntarios apercibidos al objeto y apoderándose una pequeña fuerza de la casa capitular, constituyose en ella la actual Junta revolucionaria la cual dió el manifiesto que se inserta á la cabeza de la parte oficial de este número. La Junta sin pérdida de tiempo espuso á la autoridad local sus deseos de que no saliesen del puerto las fragatas «Vitoria« y «Almansa» que debian marchar sobre Málaga según de público se decia, y pidió á la vez se revocase la órden por la cual se mandaba salir á campaña al cuerpo de voluntarios móviles, solicitando lo hiciesen las fuerzas del ejército que guarnecian la plaza, alternando con los voluntarios, y

estos ejecutasen desde luego por sí solo todo el servicio de plaza, según hacia tiempo tenia pedido al gobierno.

En tanto que el Ayuntamiento se reunía para deliberar sobre estos puntos y tambien respecto á la dimisión que debía hacer, caso de no reconocer la autoridad suprema de la Junta, según tambien le habia ordenado, llegaron en el tren correo el diputado constituyente Antonio Galvez Arce y el Gobernador civil de Murcia Sr. Altadill, pasando inmediatamente ambos á avistarse con la Junta.

Háse supuesto que éste obró de una manera traidora para con el Gobierno que le habia nombrado; pero calumnia tan grosera como la que se ha fraguado contra el Sr. Altadill, no puede tener fundamento en la pública opinión del pueblo honrado que siempre juzga imparcialmente.

El Sr. Altadill, después de haberse hecho cargo de las graves circunstancias que le rodeaban, comprendió necesariamente la importancia de este alzamiento en toda su estensión; y la imposibilidad material de contrarrestarlo, de una manera enérgica y segura; y penetrado á la vez de un alto sentimiento *humanitario*, no quiso comprometer en una lucha tan estéril como fratricida la tranquilidad y sosiego del pacífico vecindario de la población que seguia ocupado en sus habituales faenas y solamente en espectativa contra los males que pudieran sobrevenir á la población en general.

Aconsejó al Ayuntamiento presentase su dimisión, la que éste hizo convencido de la poquísima influencia de que podia disponer para vencer el alzamiento: según así se dijo en un manifiesto repartido durante la noche y firmado por un buen número de los concejales dimitentes.

Habia nombrado la Junta Comandante General de las fuerzas de Milicia, de Ejército y Marina, al diputado Galvez, y éste en unión del General Contreras que llegó

á la mañana siguiente facilitaron por diferentes medios pacíficos la rendición de las fuerzas del Ejército y Marina, lo cual se efectuó haciendo entrega de los castillos que aún poseían, y resignando al día siguiente el mando en la Junta el Capitán General del Departamento Sr. Dueñas.

En la noche del 13, el Ministro de Marina Sr. Anrich, había llegado ocultamente al Departamento, había visitado las fragatas «Almansa» y «Vitoria» y había tenido precisamente que retirarse en vista del resultado contraproducente de sus arengas á la marinería, ya moralmente pronunciada y resistente á la obediencia.

En el día 14 el alzamiento tomó todas sus grandes proporciones actuales, con la adhesión entusiasta de los marineros é infantería de marina, y el día 15, el entusiasmo rayó á una altura indescriptible, con la entrada del regimiento Iberia, que se hallaba fuera de la población y que también de una manera noble, digna y patriótica se había adherido al movimiento.

El día 20 entró también en esta ciudad el batallón de Cazadores de Mendigorria, adhiriéndose igualmente al alzamiento.

Es de advertir y debe de ello hacerse mención especial, que ni el más leve acontecimiento deplorable ha venido á turbar la tranquilidad del vecindario, que ha visto sin sorpresa tan dignísimo proceder en las personas todas las clases; porque en este pueblo modelo, se honra y se venera á la libertad con el altísimo respeto que se merece.

Hasta parece que la Providencia bienhechora quiere colmar de bienes á los iniciadores valientes de la libertad de su pátria, ha desterrado la espantosa muerte de este dichoso recinto; pues, como jamás se había dado ejemplo en este país, en cinco días solo ha ocurrido una defunción y esta ha sido en los primeros del alzamiento.

Viles é infames calumnias, nacidas del despecho con

que la torpeza de ciertos hombres, han visto la caída de sus maquinaciones liberticidas y bastardas, hanse propalado en vano para promover conflictos graves con que desprestigiar los hechos gloriosos de nuestro alzamiento revolucionario; pero todas se estrellaron donde se estrellará indudablemente en lo sucesivo las que puedan propalarse cobardemente inventadas en los inespugnables muros de la constancia, de la honradez, del buen sentido político y del valor cívico incontrastable de este culto pueblo de Cartagena.

Una alarma infundada se hizo cundir entre la gente timorata de la población en la mañana del día 16, alarma que tomaba por base la maliciosa noticia circulada con siniestros fines, de que el general Velarde á la cabeza de numeroso ejército y artillería, venía á bombardear á esta plaza si no efectuaba inmediatamente su rendición.

Muchísima familias acomodadas trataron de abandonar la población, y la Junta, queriendo por un momento contener los funestos resultados de aquella alarma, impidióle la salida por algunos instantes hasta calmar la agitación por medio del convencimiento de lo absurdo de la noticia propalada, dando con este origen á otros nuevos temores algo graves, que los flamantes enemigos de la República con tal motivo inventaron y que obligaron á la Junta á permitir la salida rápida é instantáneamente, cuyo permiso fué aprovechado con ansiedad por las clases acomodadas de cierta esfera en particular.

Aparte de lo relatado no han ocurrido casos que tengan la suficiente importancia para reseñarse además en esta crónica que no continuamos hasta este día, porque de lo restante se irán enterando nuestros lectores en el curso de la polémica.

(Del Cantón Murciano,)

La Junta Cantonal de Murcia, publicó con fecha 15 de Julio, la siguiente alocución:

Murcianos:

Las demoras del Gobierno de la nación en constituir á esta definitivamente en federación y los nombramientos de cargos militares á jefes desafectos á dicho régimen han obligado á los republicanos de esta capital á proclamar el cantón Murciano secundando el movimiento iniciado en la plaza de Cartagena.

La milicia ciudadana en unión de individualidades importantes del partido republicano, al adoptar esta resolucion, nos han nombrado Junta de salvacion, nos han confiado la parte más difícil y comprometida de su empresa.

Nosotros, correspondiendo á su confianza y deseo cumpliendo uno de nuestros primeros deberes y aspirando á devolver á las familias la paz y el sosiego por tanto tiempo turbados, hacemos la siguiente manifestacion.

Reconocemos y atacamos la soberanía de las Córtes Constituyentes, y declaramos que nuestra actitud es solo la ejecución de uno de sus acuerdos.

Aceptamos la lucha á que la patria nos llama y nos oponemos á todo movimiento de motin ó desórden, contrarios y siempre nocivos á la libertad y al país.

Deseamos constituir inmediatamente el cantón y hacer efectiva su autonomia y la de este municipio.

Queremos reformar la administración municipal para que de ella reciba el pueblo los beneficios á que tiene derecho, y no que sus tesoros se consuman en aplicaciones estériles á su bienestar.

Queremos crear todos los recursos compatibles con el sistema federal y recobrar las rentas y caudales públicos que se hallen detentados, abriendo las vías de la prosperidad del municipio y del canton.

Aspiramos á organizar una milicia cantonal, que sea

la garantía de las instituciones y de la tranquilidad.

Estamos resueltos á reprimir y castigar todo acto que sea atentatorio á la revolucion á que damos principio, y las alarmas y perturbaciones sembradas en descrédito y para obstáculo de la misma.

A estos fines acordamos lo siguiente:

1.° Se concede indulto para todos los reos políticos existentes en las cárceles de este cantón, el cual, sin embargo, no será efectivo mientras la causa á que pertenecen se halle en armas dentro del mismo territorio ó en sus límites.

2.° No se interrumpirá ningún servicio público, funcionando al efecto las autoridades judiciales, las de órden público y las oficinas de todos los ramos, mientras no se acuerden las reformas que corresponden á las nuevas instituciones.

3.° La Junta llama en su apoyo á todas las clases sociales de la capital con objeto de salvar los intereses de la revolución que son á la vez los del país.

4.° La Junta nombrará inmediatamente una comisión, que bajo las órdenes del general Contreras y del ciudadano Antonio Galvez Arce atienda al armamento y defensa del Cantón Murciano.

5.° Se nombrará otra comisión que bajo las inspecciones de los mismos ciudadanos establezcan las relaciones primeras con las provincias limítrofes.

6.° La Junta revolucionaria de los pueblos organizarán en los mismos la administración municipal con arreglo al sistema federal.

7.° Se nombrará una comisión que examine los expedientes tramitados ó resueltos por la Diputación provincial ó la municipalidad, los cuales requieren satisfacción pública relativamente á la rectitud y justicia de la administración.

8.° La Junta se incautará inmediatamente de los bienes que el Cardenal Belluga, legó á los estableci-

mientos de Beneficencia, exigiendo á los que los han administrado las más estrechas cuentas.

9.° Se trasladarán inmediatamente al Seminario de San Fulgencio las oficinas públicas establecidas en casas arrendadas, cuyos contratos quedan rescindidos desde el dia último de este mes.

10.° Se obliga á la Junta revolucionaria y en su caso á los Ayuntamientos, á hacer ingreso en la caja provincial de los débitos que los respectivos pueblos hacen á la provincia, en cuyo cumplimiento se interesa á esta corporacion hasta ser inexorable con los morosos, así como la administración municipal debe serlo con sus deudores sin perdonar medios ni ceder á ninguna clase de obstáculos.

11.° Se incautará esta Junta de las armas y efectos de guerra que existan en la capital, posesionándose de los cuarteles, comandancia y cuanto se refiere á este ramo.

12.° Los propaladores de alarma quedan sujetos á un jurado como igualmente los que con dañadas intenciones abandonen la población.

La Junta adoptará en este mismo dia las disposiciones más enérgicas á fin de que los anteriores acuerdos tengan su más pronto cumplimiento anunciando al público que hoy ingresará en el Hospital, en virtud de medidas de este centro revolucionorio, la cantidad de 51,998 reales.

Murcia 15 de Julio de 1873.

Presidente, Gerónimo Poveda.=Antonio Hernandez Ros.=Antonio Martinez Garcia.=Manuel Multedo.=Tomás Balderrábano.=Saturnino Tortosa.=Pascual Martinez Palao.=Martin Fontana.=Francisco Valdés.

—

El dia 23 de Julio, y con motivo de haber declarado piratas, el gobierno central, los barcos de guerra de los

Cantonales, ocurrió un grave incidente, que el periódico «El Canton Murciano», que entonces se publicaba en Cartagena, relató en la siguiente forma:

Detencion de Antonio Galvez

Cartagena estuvo ayer á punto de convertirse en teatro de una lucha temible al empezar á cumplirse el indigno decreto del Gobierno de Madrid, respecto á nuestra heróica y noble marina.

Al volver de su expedicion de Torrevieja el ciudadano Antonio Galvez, mandando el vapor armado Vigilante, se cruzó á la boca del puerto de Cartagena la fragata alemana de guerra y blindada Federico Cárlos al mando del comodoro R. Wernell, que al ver izar la bandera roja en la pequeña embarcacion, la intimó á acercarse y preguntando si en ella venia el ciudadano Galvez la declaró prisionera.

Avisada de este atentado la poblacion de Cartagena, comenzó á hervir en todos los pechos, sin distincion de partidos, la honda indignacion que le producia tamaña afrenta y comenzaron á acudir las gentes al muelle y á la sala de sesion de la Junta, mientras unos más animosos se embarcaban en varias lanchas para descubrir á la fragata extranjera que se situó al pié de las fortificaciones avanzadas y á cubierto de los más importantes tiros de la plaza.

El dipntado Sauvallos acudió á ofrecerse á la Junta para acompañar al cónsul prusiano á conferenciar con el comodoro Ricardo Wernell, y salió una lancha tripulada con marineros paisanos, con el ciudadano Moya individuo de la Junta.

El general Contreras, que desde la noche anterior habia sido autorizado para entenderse con las potencias extranjeras, reunió en su casa á los cónsules de todas las naciones, excepto al de Prusia que salía en aquel

momento y escuchó de lábios de todos que ninguno habia recibido instrucciones de sus respectivos gobiernos para obrar conforme al decreto del gobierno y que por el contrario testificaría gustosísimo la sensatez y cordura en que se conducia la poblacion en masa de Cartagena.

El general Contreras les anunció la nota que en otro lugar publicamos y que anoche quedó entregada y prometieron enviarla inmediatamente á sus gobiernos informando sobre los sucesos ocurridos.

El ciudadano Galvez trasladó á Contreras la carta en que daba cuenta de la prision, firmada desde la fragata Alemana, y la exigencia del Comodoro su comandante que pedia le fuera entregada la fragata Victoria de quien tenia noticias que habia enarbolado tambien la bandera roja.

La comisión llegada á bordo, conferenció largo rato con tenacidad y esfuerzo y después de dos horas de discusión acordó unas bases escritas por el Comodoro alemán en las cuales se hacia constar que la detención habia sido ocasionada por izar el vapor yendo armado, una bandera desconocida en la marina militar.

Se comprometia á dejar en libertad á Galvez con toda la tripulación del «Vigilante» devolviendo sus armas y dineros que eran 72.000 reales, pero quedándose con el vapor, y se fijaron otras condiciones hasta el dia 28 en que recibirán instrucciones de sus gobiernos, pues el Comodoro prusiano hablaba también á nombre del buque inglés «Pizcon» cercano á nuestras costas.

Entretanto las autoridades militares tomaban enérgicas disposiciones para la lucha que parecía inminente. Las fragatas «Vitoria» y »Almansa», eran reforzadas con más gente y pilotos, maquinistas y fogoneros de reserva, se enviaron auxilios á los fuertes y baterías; en menos de dos horas llegaron á los cuatro cas illos de la entrada 12 lanchones cargados de granadas; corrió el

rumor de que se descubrían los palos de una escuadra y el entusiasmo llegó á tal punto que el muelle y calles próximas parecían un verdadero campamento. Se preparó la «Numancia» para remolcarla hasta sitio conveniente á utilizar sus potentes baterías, mandaron los botiquines á sus puntos, los voluntarios se disputaban el ocupar los demás peligros y las fragatas empezaron á despedir el humo de sus fuegos ya encendidos.

Cuando volvió la comision, se discutieron animadísimamente en la Junta de Salvación, las condiciones propuestas. Todos querían la lucha. Ninguno quería que se firmase la más pequeña humillación. Sin embargó, allí había personas que comprendían la gravedad misma del conflicto: se habló de las ambiciones de antiguo demostradas por la Prusia, de su codicia por las Filipinas, de la cobardía del Gobierno al llamar extranjero del estado á nuestra Marina no solo en Cartagena, sinó en el resto de España, y la Junta acordó autorizar á la Comisión para que en unión de Gálvez firmase las condiciones propuestas.

El que Cartagena fuese reducida á ruinas, no influyó nada en los ánimos de los individuos de la Junta, porque querían perecer entre escombros antes que humillarse al extranjero; pero la consideración de la patria pudo más que todo, y olvidando las injurias recibidas del Gobierno de Madrid, supieron los individuos de la Junta colocarse á la altura del más elevado patriotismo.

Dos horas despues volvia Galvez con la tripulacion armada y los comisionados; ocho mil almas se agolpaban al muelle ó inundaban la puerta del mar y plaza del Ayuntamiento estando los balcones atestados de gente.

Todos querian abrazarlo, los vitores no cesaban un momento y sobre los hombros de voluntarios, soldados y paisanos fué pascado por las calles con una música delante entre el entusiasmo más indescriptible de la inmensa multitud que le seguia.

Ningun hombre por adorado que haya sido ha recibido de Cartagena una prueba de cariño tan grande como la ofrecida ayer á D. Antonio Galvez.

Las mujeres lloraban y nosotros sentiamos henchir nuestros pechos de alegria por la esperanza de las glorias que estan reservadas á este noble y valiente pueblo de Cartagena, bajo las banderas de la Federacion.»

Tan grave incidente quedó resuelto, conforme se explica, en el siguiente documento oficial, redactado por ambas partes:

Hé aquí el documento:

«Entre el comodoro D. R. Wernell comandante de la »fragata de guerra Alemana, Freidrihe Carl y D. An»tonio Galvez, gefe del vapor armado Vigilante, han »convenido lo siguiente:

«1.° El comodoro Wernell se ha visto obligado á »apresar el citado vapor Vigilante en vista de la ban»dera que dicho buque llevaba arbolada y que era des»conocida entre la marina militar.

«2.° El Sr. Galvez, reconociendo su derecho, hace »entrega del citado vapor al comodoro Wernell, quien »deja libre á los tripulantes del mismo, para que vayan »donde mejor les convenga.

«3.° El Sr. Galvez y los firmantes se comprometen »á que sean respetadas las vidas y haciendas de todos »los súbditos alemanes, ingleses ó de cualquier otra na»cion extranjera que residan en Cartagena ó bajo la ju»risdiccion de la Junta de salvacion pública de la »misma.

«4.° La citada Junta se compromete á no dejar sa»lir buque alguno de guerra de los fondeados en el »puerto y Arsenal de Cartagena.

«5.° La suspension de la salida de dichos buques de»berá tener de plazo hasta el 28 del presente mes para »cuya fecha habrán recibido instrucciones de sus go»biernos respectivos.

«6.° Los buques de guerra extranjeros que puedan »llegar, quedarán fondeados en Escombreras ó Carta»gena á opcion de sus comandantes, sin que bajo ningun »pretexto sean molestados por los habitantes del pais.»

Cartagena 24 de Julio de 1873.=R. Wernell.=Antonio Galvez Arce.=Alfredo Sanvalles.=Miguel Moya.=Eduardo Carvajal.

=

Galvez hacia hacia frecuentemente salidas de la plaza de Cartagena, á los pueblos de la provincia en busca de recursos.

Un periódico republicano de Cartagena de aquella fecha, daba cuenta en 29 de Julio de 1873, de la visita de Galvez á Lorca, en la siguiente forma:

«A la una de esta madrugada ha entrado en esta ciudad el ciudadano Galvez, con el batallon de cazadores de Mendigorria, de vuelta de su expedición por varios pueblos del Canton.

Al paso de la columna por todos ellos, las gentes huian como si temieran ferocidades merced á las calumnias y exageradas especies que sobre los federales de Cartagena han esparcido los satélites del gobierno de Madrid; pero bien pronto se convencieron de su falsedad y cuando la columna salia de los pueblos, era obsequiada con cariño y á su vuelta se agolpaban los vecinos para tributar á los soldados de la federación toda clase de demostraciones de cariño.

En Lorca sucedió tambien lo mismo. Al entrar en ella no se encontró un alma, habian buscado refugio en el campo casi todas las familias al saber la llegada de la columna y los voluntarios con unos 70 carabineros algunos de caballería, se alejaron unas dos leguas de la ciudad.

Conocidas en los primeros momentos las buenas disposiciones de los expedicionarios, comenzó á volver la

gente; á las dos horas ya estaban llenas de ellas las calles, y cuando por la tarde tocó la música en el paseo, se hubiera dicho que Lorca estaba entregada al disfrute de uno de los mejores dias de fiesta.

»El comportamiento de los soldados de la columna ha sido admirable; algo han dejado que desear el de los voluntarios móviles que en las marchas y prescripciones militares, no se han ajustado siempre á lo que en tiempo de guerra se necesita; pero debe confiarse en que despues de esta primera salida, se habrán convencido de la necesidad de guardar obediencia á las órdenes de sus gefes y respeto profundo á las prescripciones necesarias á formar los soldados fuertes y útiles que necesita urgentemente la federación. Para combinar nuevas operaciones, dichos voluntarios quedaron anoche en Murcia.»

Surgió un gravísimo accidente á los cantonales, que fué la detención de algunos de los principales barcos de guerra con que contaban, cuya detención fué realizada por los buques prusianos en connivencia con los ingleses.

El periódico «El Cantón Murciano» publicado el dia 15 de Agosto de 1873, refiere tan importante suceso, en la siguiente forma:

«La detención de las fragatas

Anteayer fué devuelta su libertad á nuestro querido general Contreras, y ahora que no hemos de acibarar los malos tratamientos de que era objeto con el relato de sus infortunios, haremos públicos los detalles de su expedición marítima tan calumniada por la prensa, como poco conocida en sus detalles por todo el mundo.

La pequeña escuadra, organizada á costa de inmensos esfuerzos en las aguas de Cartagena, con buques que la Nación tenía en un estado malísimo que hacía enrojecer

el rostro de vergüenza al examinarlos, zarpó de este puerto á las cinco de la tarde del 28 con escasa provisión de víveres, no abundante en materiales, y reducidísimos fondos; pero repleta de gente y conducida en alas de un entusiasmo grandísimo que hacía presagiar seguros y señalados adelantos revolucionarios.

Iba de capitana la «Almansa» para que no se dijese que el general Contreras temia el peligro de marchar en un buque de madera y haciendo adelantar á la blindada «Vitoria» cuyos sucios no le permitian casi moverse, emprendieron el viaje con rumbo á Almería seguida de la fragata prusiana «Federico Carlos», á nuestra vista desde el apresamiento del «Vigilante».

A las siete de la mañana del 29 se hallaba la escuadrilla frente á Almería y desembarcando dos hijos de la ciudad que iban en la expedicion invitaron á las autoridades para que pasaran á alistase con el general, haciéndolo primero el gobernador civil, el cónsul Inglés, varios contribuyentes, una comision de voluntarios y algunas otras personas.

El general le manifestó que resuelto como se hallaba á favorecer el movimiento cantonal de la federación española, en conformidad con lo decretado por las Córtes y proclamado por el pueblo al abdicar el último monarca, suplicaba le fuesen entregados todos los fondos de la Hacienda popular para atender á los gastos de la armada, como generales que son de la federacion, y abandonasen la ciudad todas las fuerzas dependientes del gobierno que se oponia á la formacion de los cantones, para dejar á los habitantes en completa libertad de declararse ó no en canton, y de no hacerlo, por si no tenian inclinacion, no les hostilizaria.

Llegó una segunda comisión para entregarse de una cantidad que el General decía serle necesaria, y habiéndose hablado antes de ojearla en 50.000 duros, se creyó ver en esto una resistencia y se dijo á las comisiones

del Ayuntamiento y Diputación, que eran precisos 100,000 duros que podrían arbitrar por los medios que estimaran más procedentes. Reiteróle el su deseo de que abandonaran las fuerzas del Gobierno central la ciudad, y viendo que estas empezaban á construir parapetos con sacos de arena, se formó una batería con cuatro botes artillados que tripulaban diez y seis marineros y diez soldados de ejército cada uno, al mando del Teniente Coronel Rivero, y se dirigió con ellos á la costa.

Al desplegarse en guerrilla los botes con banderas de parlamento salió de la villa otro con la misma enseña, conduciendo al Coronel graduado, Teniente Coronel de Carabineros y Comandante graduado y al Capitan de Infantería, representando al brigadier Aleman, y varios paisanos que se acercaron hasta interrogar á los botes que misión llevaban, por lo que fueron conducidos á bordo para conferenciar con el general.

Parecieron convenir en que dejarían en libertad al pueblo si quería constituirse en canton y que no hostilizarían á los federales salidos de Cartagena; pero de ningun modo saldrían las fuerzas de la ciudad ni abandonarían las posiciones que estaban defendiendo.

Llegaba ya la noche, el general les hizo entender que no pretendía un desembarco y mucho menos por el punto que defendian, pues es más favorable la entrada por los costados que efectivamente empezaron después á defender y les manifestó que si la guarnicion no salía se veria en el caso de expulsarla á cañonazos.

Cuando por la noche bajaron á buscar agua el capitan Flores y el pagador de la «Almansa» encontraron trabajando en las obras de defensa á los guardias civiles y carabineros y en vista de esto al amanecer del 30 se prepararon las fragatas para lanzar sus fuegos sobre los edificios de la poblacion.

El general advirtió á algunos de Almería los puntos

donde dirigiría sus tiros; á la Capitanía del puerto donde estaban algunas autoridades militares, á una casa situada delante del cuartel de la guardia civil que servía á ésta de parapeto y al sitio donde se hallaba el resto de la guarnición.

Salió el ayudante Rivero á llevar los correspondientes oficios de aviso á los cónsules, y al llegar á la orilla recibió la órden de dirigirse exclusivamente al Gobernador militar, en cuya presencia explicó su misión, y para ejecutarla se le acompañó de dos oficiales con órdenes de no dirigirse á ningún punto más que á las casas de los cónsules. El Brigadier militar añadió:—Al general Contreras le hace usted presente la expresión de mis respetos.—En el trayecto que recorrió, tropezó con un paisano que llevaba gorra con insignias de jefe, el cual vitoreó á la República federal y fué contestado por Rivero, á la asamblea y al Gobierno, que no fué contestado por éste; pero sí por unos diez ó doce hombres armados que se acercaron y prorrumpieron en mueras á Contreras y á su ayudante y á los traidores. Los oficiales que acompañaron al ayudante Rivero lograron aplacar la exaltación de aquellos inocentes serviles, y no encontrando á ninguno de los cónsules en sus casas, por haberse retirado al campo, pasó á bordo de un vapor inglés, donde se hallaba el de esta nación, el cual dió recibo de su oficio y de los seis correspondientes á sus demás compañeros de representación.

A las diez menos cuarto comenzaba el fuego contra los edificios señalados de Almería con disparos de dos lanchas y de la «Vitoria», dando largos intérvalos de media en media hora para enarbolar bandera de parlamento, que no era contestada en ninguna parte.

Una de las primeras balas, por que todos los proyectiles fueron de esta clase escepto una granada que inconvenientemente lanzó la «Victoria», se dirigió y cayó en la fábrica del gas, pero enarbolada enseguida bande-

ra francesa en un edificio contiguo, no se volvió á disparar sobre ella, así como tampoco sobre el interior de la población que fué en un todo respetada.

A la bandera de parlamento solamente contestó el castillo á media tarde enarbolando la bandera negra y duró el fuego con la misma lentitud hasta las seis de la tarde, habiendo disparado unos treinta y tantos cañonazos.

La plaza contestó desde el primer disparo con una lluvia de balas, que cayeron sobre las lanchas, hiriendo á un soldado en una mano y á otro en un pié, únicas desgracias que hubo que lamentar entre las gentes de los buques.

Levadas anclas al anochecer, amaneció el dia 31 en Motril, donde no pensaba detenerse sino muy poco el general para dejar los heridos; pero visitado é instado á que bajase por muchos correligionarios, se acercó al pueblo distante algún tanto del puerto, pidió algunos fondos que las fábricas le dieron en letras sobre Málaga por valor de 160.009 reales y se entretuvo todo el dia, saliendo muy tarde para Málaga.

Volvió á marchar delante la «Vitoria» que solo andaba dos millas por hora; pero ya á media noche se encontraban separadas por larga distancia al estremo de que la «Vitoria» hiciera varias señales con luces de bengala y cohetes, sin ser contestada.

Próximo á amanecer el primero de Agosto y á entrar en las agua de Málaga avistó la «Almansa» dos fragatas que con masteleros calados comenzaron á flanquearla, mientras que el general daba la órden de zafarrancho creyéndola del gobierno de Madrid. Flechado el antoojo, se vió á la primera luz del dia que llevaban banderas prusianas é inglesa y cuidadoso de evitar un conflicto, previno el general, contención y prudencia, por mas que la prusiana lanzó como aviso una

bala que pasó por entre las vergas faltando así al derecho de gentes.

Pidieron ya más cercanas parlamento y fué el ayudante Rivero que volvió postador de un oficio firmado por el Comodoro de la prusiana Wernell y el comandante de la inglesa Wart, intimando á la fragata volver á Cartagena y llamando á bordo de la prusiana al general, y no bien hubo entrado se vió amenazado con insultante y provocativo lenguaje por el Comodoro, con que le ahorcaria como pirata, á lo que contestó el general Contreras, que teniendo en más que el gobierno de Madrid, el interés de la pátria y queriendo evitarla los efectos de una lucha con Europa, no opondria resistencia á ninguno de aquellos atropellos, porque veia allí dos naciones y suponia estarian secundadas por otras, por lo que podia ahorcarle si queria, aunque protestaba del nombre de pirata y de haber bombardeado á Almeria que solo recibió unas cuantas balas donde habia fuerzas militares.

Avistóse entonces la «Vitoria» que llegó al cabo de seis horas del encuentro con los extranjeros y preguntados por estos si harian fuego contestó el general que sí, que si se lo mandaban, pero que podian confiar en que no se romperían las hostilidades por no dar gusto al gobierno de Madrid, que queria enredar en una guerra imposible á los revolucionarios, para que gastasen todo su empuje contra los buques extranjeros.

Recibió órden la «Vitoria» de variar de rumbo, siguiendo el de la «Almansa» á donde volvió Contreras y en dicho buque, sin comprender cuanto habia sucedido, síguió manifestando este grande contrariedad.

Tenia aquel que manifestar grande reserva para no enterar á la gente de la «Victoria» de que iban impuestos por los buques extranjeros, pero ésta, recelosa, tocó más de cuatro veces á zafarrancho de combate y una ya estuvo á punto de chocar con la fragata inglesa de

poco empuje para la importancia de la «Vitoria» pues ordenado por el comandante Wart que le siguiera, le contestó que no le daba la gana mientras se acercaba su buque para el abordaje: huyó el inglés por tener su máquina mucho más lijera.

La «Almansa» con sus señales, contuvo los ímpetus de la «Vitoria» que era temida por los extranjeros; pero en cambió, la primera en un momento que se adelantó mucho de su compañera tuvo que ceder ante una intimacion grosera del prusiano, pues receloso éste de que aún se trabara combate, quería á toda costar tener á bordo al general Contreras, como rehenes y embistiendo con toda fuerza de máquina después de separarse para tomar á campo la «Almansa», sólo pudo salvarse ésta de ser echada á pique conteniendo la máquina por adivinar la intencion del «Federico Carlos» pero no tanto que aun no llegara el espolon de ésta á destrozar el botalon de proa y á causar algunos otros daños de consideracion. Entonces comprendió el general que debia entrar en la prusiana desde donde entonces rompió abiertamente con el Comodoro, por insultarle este diciéndole había faltado á su palabra, contestándole Contreras agriamente, hasta el punto de no volver á cruzar una sola palabra.

Entre tanto se avistó una escuadra inglesa por la noche del primero y cambiadas infinitas señales con el almirante de ella, se manifestó al general Contreras que habia cambiado el acuerdo y en vez de dejar los buques en Cartagena serian detenidos en Escombreras, poniendo en libertad la tripulación y á él conservándole en rehenes.

Cuando la «Vitoria» se apercibió de la prisión del general concibió el plan de penetrar en el puerto de Cartagena en vez de pasar á Escombreras, confiada en que la protegerian los fuertes; pero era preciso contar con la «Almansa» que por ser de madera seria sacrifica-

da al romper las hostilidades. Esta, conforme con las instrucciones del general, siguió á Escombreras y la «Vitoria» no tuvo mas remedio que inclinarse á obedecer al general y no comprometer á los 800 hombres de la «Almansa», fondeando á su lado á las ocho de la mañana del dia 3.

No querian las tripulaciones abandonar los barcos y se escitaban é indignaban más cuando contestaba el prusiano que los colgaria á todos ó los echaria al mar; pero el general les suplicó que no provocasen lucha, que si eran expulsados de los barcos los abandonasen haciendo constar lo hacian por la fuerza, y como ellos querian quedarse prisioneros con el general, el Comodoro prohibió recibir comunicaciones ni mucho menos víveres que sobre todo á la «Vitoria» le estaban hacia doce horas faltando.

Les señaló plazo para abandonar el barco y los mandó con severas amenazas que á unos pocos intimidaron, pero que al mayor número encendieron en deseo de combate.

Fué entre tanto una comision de la ciudad acompañando á los cónsules, excepcion hecha del francés, para ver al Comodoro prusiano y al general Contreras, y el primero se limitó á exponer que habia procedido á la detencion de los barcos por su accion de Almeria, que deseaba evitar se repitiera en cualquier otro punto, que pedia instrucciones á su gobierno y en tanto las recibiera permaneceria en rehenes el general Contreras. Negóse á dar más esplicaciones por cierto, ante el corresponsal de «Le Temps», que sentiría revivir todo su odio de francés ante el altanero continente del tal prusiano, que á no haber estado en su barco, hubiera sido corregido por más de uno de los presentes, llenos de indignacion y de ira al escuchar el desprecio con que eran tratados los españoles.

El comandante inglés, jefe de la espedicion, por supe-

rioridad de categorías no quiso echar sobre sí la responsabilidad de detener al general; pero se negó á protestar del hecho, limitándose á decir que no tenia participacion de ello, por más que lo consentía.

El general Contreras estaba en una litera estrecha, atestada de papeles, durmiendo en el suelo sobre un colchon de dos dedos de grueso, teniendo en el mismo cuarto á sus ayudantes y al diputado Torres Mendieta, comiendo de lo que le mandaban de la «Almansa» sin merecer siquiera de los oficiales prusianos esas pequeñas galanterias que tanto distinguen entre todas las clases el trato de los marinos.

El capitan Wernell es un hombre de carácter brusco é impetuoso, que se espresaba con aire de fatuidad insufrible, que habla riéndose del que está delante y que no habrá visto cruzada su cara porque no habrá descendido nunca de las tablas de su buque, que deben los prusianos á su inicua guerra con Francia, pues es uno de los que obtuvieron como indemnizacion.

Cuando la comision volvió á tierra y hubo enterado á las autoridades de los pormenores de la detención, acordaron estas después de largas discusiones, sostener la lucha contra los extrangeros, aunque fuese preciso echar á pique la fragata; se dieron órdenes á los artilleros, disponiendo las baterias, y se aprestó la «Mendez Nuñez» único buque que podia salir.

Pero en estos preparativos pasaron la noche las tripulaciones de las fragatas aunque se negaban á bajar como no recibian comunicaciones, por la rigurosa vigilancia, comenzaron á dividirse, obedecieron las órdenes del Comodoro de apagar los fuegos y descargar los cañones y empezaron á ir desembarcando.

En fin, era esto ignorado del pueblo la mañana del 4; hervia en él la indignación contra los extrangeros con todo el furor con que se desencadenan las pasiones de las masas en los dias de más excitación. Las medidas del

gobierno provisional y de la Junta de salvación le parecían lentas, corria de una parte á otra pidiendo la lucha, amenazando á las autoridades sino la comenzaban, y por fin un torrente de toda clase de personas se arrojó en la «Mendez Nuñez» que salió á la boca del puerto; fué arrastrada la «Numancia» á la entrada del arsenal; la goleta inglesa se salió del puerto, dispuso zafarrancho de combate la escuadrilla extranjera, dando frente á la entrada del puerto; abandonaron la población todas las gentes pacificas, y se llegó á un estremo tal que parecía inevitable la lucha; lo hubiera sido á haber sonado en aquel momento un tiro, cuando comienza á venir á tierra las lanchas henchidas de soldados y marineros, con toda la tripulación de la «Almansa» y parte de la «Vitoria» y se sabe por ella que los cañones estaban descargados, las máquinas apagadas y los estranjeros al pié de las escalas esperando que bajase el último marinero.

El choque que produjeran estas noticias con la animacion del pueblo por la lucha, fué indescriptible. Los marineros empezaron unos á manifestar que habian obedecido las órdenes del general, otros que la hubieran desobedecido al recibir asilo de la ciudad, otros á decir que aun era tiempo de volver por los buques al abordaje, otros á clamar traicion como seguida por todos los soldados del mundo después de una jornada, otros á pedir cuentas á las autoridades, otros á pedir que se rompiese el fuego, produciendo esta confusion tal angustia y tal conflicto, que ya se volvian á activar los preparativos de lo hecho apesar de las desventajas de no contar con las fragatas nada más por dejar á salvo la dignidad, cuando pudo al fin más la reflexion que las pasiones y al volver la goleta inglesa á preguntar si pensaba salir la «Mendez Nuñez», que encendia sus fuegos, para recordarle que seria detenida ó batida, contestó el brigadier Pozas á los oficiales, en francés como

ellos hablaban, que iba á salir á morir por la honra de su pátria, pero que no podrá porque ni el buque que llevaba podria manejar, y en efecto, la máquina no andaba, estaba mal compuesta, y el buque, quizá el peor de nuestra marina, resistia toda clase de tentaciones para moverse y dejarse conducir.

A esa hora, sin que lo supiera la plaza, bajaban de la «Vitoria» los doscientos últimos y más decididos para ser conducidos á tierra por Escombreras, que fué la causa de no distinguirlos, pues tardaron dos horas en llegar á la ciudad.

Después, la marinería algun tanto aquietada, los paisanos convencidos de que ésta no había tenido la culpa, las autoridades, ya rehecho su prestigio, las gentes todas un poco más tranquilas, aunque todas profundamente tristes, comenzaron á circular por las calles silenciosas é imponentes como uno de esos dias de gran luto, con todas las puertas, balcones y ventanas cerradas, casi ninguna mujer y dos mil marineros con sus oscuros trajes, dos compañías de ejército y multitud de voluntarios repartidos en grupos, olvidados de llenar las tabernas y cafés, sin saber donde acudir, á quién increpar, ni á quién dirigirse, aunque con sobra de paciencia para oir las excitaciones de un centenar de malvados, falsos republicanos, que sin respetar lo solemne del momento querían aprovechar el decaimiento para promover un conflicto empujándoles ha exigir mil encontradas peticiones á la Junta, á la autoridad, á los jefes y á todo el mundo.

Eduarte, con su influyente palabra, dominó varias veces tumultos que llegaron á imponer á la fuerza de voluntarios, la Junta publicó una enérgica alocucion manifestando que el causante de todo era el infame gobierno madrileño que llamó á intervenir á los extranjeros y que para él era para quien debian guardarse todos los rencores y todos los odios, dejando con esto muchos

numerosos grupos á pedir que fuese todo el mundo á Madrid á arrastrar á Salmeron y á Castelar que no habian tenido reparo en humillar la altivez española; Bárcia dominando la debilidad de su cuerpo, se multiplicó por todas partes; Pozas, Cárceles, Sauvalle, todos, en fin, tuvieron necesidad de hacer grandes esfuerzos y así pudo terminar aquel temible dia 4, de eterna memoria para cuantos lo sufrieron en Cartagena, y del cual decian muchos al dia siguiente, que conservaban el recuerdo de las mismas impresiones que si se hubiesen batido enardecidamente.

Un incidente bien raro, villano por la intencion, providencial por el resultado, coronó aquel dia, dando remate á su noche.

Habia citado el ciudadano Cárceles al pueblo para explicarles muchos de los detalles que se le presentaban en la mayor confusion; y la premura de la cita, no le hizo pensar en el peligro de celebrar una reunion al aire libre por la noche y en una plaza donde era tan probable un conflicto por tener en un lado de ella su punto de reunion los pocos amigos que el gobierno centralista cuenta en esta.

Eran las diez de la noche; estaba sobre un tablado dirigiendo la palabra, cuando al decir «Yo nunca he engañado al pueblo», una voz dijo: «Tu el primero». Un marinero se abalanzó para cojer al interruptor y gritó: «Matad á ese hombre». A estas voces la gente dióse á correr y en esto, de hácia el casino republicano, de los republicanos y de varios de los que todo el dia habian estado instigando á la tropa, marineria y voluntarios á promover conflictos, salió un tiro y después otro, y la gente exageró sus alarmas. Un grupo se dirigió al lugar de los disparos. Estaba abierto el casino y se detuvo un momento; pero bien pronto desaparecieron los que habian dentro sin saber por donde; un muchacho se subió encima del enorme letrero y le arrancó, dando

fuertes crugidos al caer al suelo; aquellos crugidos fueron la señal de desahogo á tantos héroes, contenida durante todo el dia; con los listones de la muestra se rompieron todos los cristales de la planta baja, entraron en todas las dependencias, fueron destrozando mueble por mueble, cuanto encontraban; no dejaron ni un solo trapo de lo que había dentro: todo roto, nada sustraido del enormo monton do leña, formado delante de la puerta, á donde iban á parar todos los restos, con un furor y un murmullo que imponía, estremeciendo el oirlo y más aun el contemplarlo, que solo después de visto se comprende cuán terrible es la cólera del pueblo, cuando procede al último extremo.

Algunos de los que presenciaban, entre indignados y conmovidos, aquella escena, recordaban haber visto el destrozo del parque de Madrid el dia 29 de Setiembre.

Entonces perdió el estado muchos miles, pero salvó numerosos intereses y muchas vidas de particulares; aquel desahogo sirvió de válvula al deseo de venganza del pueblo, y asi en la noche del 4 pueden decir los cartageneros que si fueron despiadadamante rotos los muebles y adornos del casino, de los amigos del gobierno de Madrid, se libró á su ciudad de otros más serios disgustos, que cuando un pueblo llega á su álgido estado de ebullición, no hay influencia humana que alcance á evitar.»

—

No es posible detallar en el reducido espacio de esta historia, todas las hazañas de Galvez y tenemos que contenernos dentro de muy estrechos límites.

Sin embargo, debemos referir ciertos detalles que juzgamos interesantes.

Antes de la sublevación definitiva de Cartagena, estaba el general Contreras en la fonda de París en Cartagena sin poder conseguir que la escuadra y gran parte de la guarnición se adhirieran al alzamiento.

Llegó Galvez á Cartagena y Contreras le expuso las dificultades que había, y acto contínuo Galvez, solo, marchó á ver al general de la plaza y le dijo, que era preciso sublevarse ó marcharse.

Convinieron ambos, que las tropas que no quisieran sublevarse, se marcharan con armamento viejo y sin municiones, por creer el general que era vergonzoso que salieran dichas tropas de la plaza, desarmadas. Y en efecto, se ejecutó aquel convenio.

Un sobrino de Antonio Galvez, llamado Francisco Galvez, que le acompañó, sin separarse un momento de él, nos ha referido detalles íntimos que á continuación publicamos.

Cuenta que Galvez, Solano y él, para sublevar la escuadra surta en Cartagena, llegaron los tres solos á la fragata «Almansa».

Subió Galvez y preguntó por el comandante del barco, y le dijeron que estaba en el camarote, á donde pasó Galvez con las manos metidas en los bolsillos del pantalon, amartillando un par de pistolas.

El comandante estaba en mangas de camisa cuando se le presentó Galvez diciéndole:

—¿Está V. dispuesto á sublevarse por la república federal?

—No señor, contestó el comandante.

—Pues entonces puede V. marcharse.

—Con mucho gusto—replicó aquel—ya era tiempo, supuesto que el gobierno de Madrid lo quiere.

Galvez preguntó por el segundo jefe y este sí quiso adherirse á la revolución cantonal, enarbolando la bandera roja en la fragata.

Seguidamente y dejando de comandante del barco á Solano, marchó á la fragata «Vitoria», con el mismo objeto.

Allí estaba dispuesto el comandante á resistir la sublevación: Galvez subió y arengó á los marineros y es-

tos dando vivas á la república federal, sublevaron el barco, teniendo que retirarse su comandante.

Después y con iguales propósitos fué Galvez al «Fernando el Católico», el cual á su presencia se sublevó tambien, ocurriendo el siguiente hecho.

Habia en este barco un maquinista inglés, y al ser interrogado por Galvez, sobre si se adhería ó no á la revolucion, contestó que no era político y que estaba en el «Fernando el Católico» desde que se construyó, por lo que le habia tomado tanto cariño que no quería abandonarle.

Galvez le nombró segundo jefe y con dicho barco pereció el maquinista cuando fué abordado y echado á pique por la «Numancia».

Cuando Galvez, bajaba del «Católico», llegaba Contreras á uno de sus costados.

Galvez dormía en Cartagena, en una fonda que habia y que ya no existe, frente al presidio. Durante el bombardeo se pasó al arsenal con su familia.

Cuenta su sobrino, que nos facilita estos datos, que Galvez, durante el asedio, no durmió más de tres horas en cada dia.

Tambien refiere que su tio, jamás le encargó que cuidara de su persona, á pesar de que la esposa del general Contreras, cuando llegó á Cartagena, aseguró que de Madrid habian salido tres individuos para asesinar á Galvez, y haciendo Contreras algunas averiguaciones sobre ello, supo que en efecto llegaron de Madrid tres sospechosos, se hospedaron en una casa de huéspedes y al ser vigilados desaparecieron sin que se pudiera después saber el paradero de los mismos.

El citado sobrino de Galvez, que iba con este en la «Numancia», cuando ésta echó á pique al «Fernando el Católico», nos ha referido el horrible suceso en la siguiente forma.

Dice que marchaba la escuadra cantonal con rumbo

á Valencia y que un poco más allá de las aguas de Portman, y durante la noche, observó la «Numancia» que el «Católico» se le interponia por la proa, con falsas maniobras.

La «Numancia» con la bocina, avisó varias veces al «Fernando el Católico» del peligro que corria, si no se gobernaba mejor.

La tripulación del vapor iba algo desmoralizada; el maquinista de que antes hablábamos, subió dos veces á cubierta á prevenir que si no se manejaba mejor el timon, irian á pique; y en otra mala maniobra, la «Numancia», aunque paró su máquina, alcanzó al vapor, chocando la proa con un costado de aquel y rompiéndole el casco.

El «Fernando el Católico», quedó echado sobre el otro costado y á los ocho minutos desapareció por completo bajo la superficie de las aguas.

El espectáculo fué horrible. La «Numancia» encendió las bengalas y echó al agua todos los botes y cuerdas de que pudo disponer.

Galvez animaba el salvamento y daba órdenes enérgicas.

Aquellas bengalas iluminaron la lucha desesperada de doscientos hombres que iban en el vapor y que hacian heróicos esfuerzos por salvarse.

Perecieron ahogados cuarenta y nueve y se salvaron ciento sesenta y dos.

Los náufragos fueron muy bien atendidos por los de la «Numancia» á cuyo heróico esfuerzo debieron la vida en aquel tan angustioso trance.

—

El 19 de Agosto salió una expedición de la plaza para Fuente-álamo en busca de víveres, recogiendo 800 cabezas de ganado y 11.000 reales, todo lo cual fué entregado á la Junta de Cartagena.

Esta salida la hizo una compañía de voluntarios de Murcia al mando de su capitán D. Saturnino Tortosa.

El 19 de Agosto se presentó á la vista de Cartagena la escuadra del Gobierno al mando del contra almirante Lobo. El castillo de la Atalaya fué el primero que rompió el fuego contra dicha escuadra el mismo día 19 de Agosto; en la noche del 30 de dicho mes, las tropas del sitio al mando del general Martinez Campos llegaron hasta el barrio de Santa Lucía, trabándose un vivo tiroteo con los de la plaza, y teniendo que retirarse á la madrugada.

En dicho barrio estaba la fundición y desplatación del marqués de Figueroa, y los sublevados retiraron de ella la plata que existía, con la que acuñaron los llamados duros cantonales, de los que aun quedan bastantes ejemplares.

El día 10 de Septiembre, el general Martínez Campos dirigió á D. Juan Contreras la siguiente carta:

Excmo. Sr. D. Juan Contreras.

Unión 10 Septiembre de 1873.

Muy señor mío y de todo mi respeto. Varias veces he tenido que resistir al deseo de ponerme en comunicación con V.: pero hasta el dia el curso de la política en Madrid, podrá dar ocasión á que V., creyese que la causa cantonal podía triunfar, mas hoy que la actitud del Cobierno y las Cor es tienen que alejar toda esperanza, he creido de mi deber dar el primer paso con mi antiguo general, cuya bondad de corazón ho recocido siempre, esperando que en vista del cambio verificada en la política, no se empeñará en sostener una lucha que no puede tener nada más que fatales resultados para la nación y que comprometerá más y más la situación de los que están dentro de la plaza de Cartagena.

Tranquilizada Andalucía, la resistencia de Cartagena

no tiene razón de ser, no hace más que aumentar las huestes carlistas, distrayendo fuerzas, que empleadas en su persecución, darían grandes resultados. El gobierno con el ingreso de mozos de la reserva en las cajas, puede ya en breve enviar á Cartagena fuerzas numerosas y reunir hoy día una escuadra potente. Es tiempo de ceder, es tiempo de evitar los males que luego hemos de deplorar mucho años. Si en usted hay pertinacia, por que yo no niego que Cartagena pueda resistir bastante, á la vez diré, y á usted como veterano no puede ocultarse un instante, que bloqueada por mar y tierra, tiene que rendirse irremisiblemente en un plazo más ó menos largo, y yo no puedo creer que usted insista en colocar en una situación desgraciada á sus correligionarios, que más por el nombre de usted que por sus convicciones políticas, se aprestan á la resistencia.

Me he dirigido á V. y no lo hago tambien al señor de Ferrer, porque mi amistad particular con dicho señor le imposibilitaria tal vez por delicadeza escesiva, no oir los impulsos de su corazón.

Se repite de V. con toda consideracion S. S. y antiguo subordinado q. b. s. m.,

ARSENIO MARTINEZ CAMPOS.»

El general Contreras leyó la carta anterior á la Junta revolucionaria, así como la siguiente contestacion que dió á la misma.

«Excmo. Sr. D. Arsenio Martinez Campos.

Cartagena 16 de Septiembre de 1873.

Muy señor mio y de toda mi consideracion: Aprecio el deseo que V. ha tenido de ponerse en comunicacion conmigo.

Extraño yo á la política de Madrid que aunque sea dicho de paso, bien comprendo hay solo en ella alfonsinos, monárquicos de varios reyes y republicanos des-

creidos que no cumplen con sus deberes, debo sin embargo contestarle:

Convencido como estoy de los grandes elementos que V. dice tiene para vencer, yo sin embargo, sin tantos medios y más modestos, tengo hombres valientes, entusiastas y republicanos federales, que esperan decididos defenderse, confiados en la bondad de su causa, y en las simpatías del pueblo español, siempre liberal, siempre democrático, y que por lo tanto yo no tengo que hacer más que imitar esta noble conducta de los dignos defensores de Cartagena.

Cualquiera que sea mi posicion, siempre seré su amigo y servidor q. s. m. b.,

JUAN CONTRERAS.»

El dia once de Octubre y en las aguas de Cabo de Palos tuvieron un combate naval las escuadras cantonal y del gobierno, mandando esta el Contralmirante Lobo.

En este combate iba Galvez en la Numancia.

El general Lobo, dió el parte oficial de este encuentro en la siguiente forma:

«Hoy á cosa de las diez y media de la mañana salieron de Cartagena las fragatas «Numancia», «Tetuan» y «Mendez Nuñez» con el «Fernando el Católico». A las doce y media, habiéndose roto el fuego, concluyó á las dos y cuarto, quedando por nuestro el mar de batalla, y huyendo completamente el enemigo hasta meterse otra vez en el puerto, perseguidos por nuestros buques, hasta que quedaron abrigados los suyos por los fuegos de sus baterias.

La «Mendez Nuñez» y «Tetuan» experimentaron averías, sobre todo la última, que apenas quedó con movimiento, viéndose salir humo del costado. Pudimos echarla á pique, pues ningún otro buque enemigo nos

incomodaba para ello; pero al verla en aquella situación y en su arboladura la bandera española, no quisimos intentarlo.

El superior andar de la «Numancia», mi antigua conocida del Callao, evitó que pudiéramos embestirla, como era nuestro intento.

La «Almansa» recibió seis balazos sin consecuencias. El «Cádiz», que tuvo un momento muy crítico, recibió averías en uno de los tambores de las ruedas, que he remediado en lo posible.

En los demás buques no hubo averías; tampoco hemos esperimentado pérdida alguna de gente.

La «Mendez Nuñez» y la «Tetuan» deben haber tenido bastantes bajas, pues recibieron dos andanadas de la «Vitoria» y á cortísima distancia.

Todas las clases se han portado con entusiasmo. Imposible manejar mejor la artillería por tripulaciones que, la que más ha hecho dos ejercicios de fuego, y con gran parte de gente nueva. La «Cármen» es la que mas se ha distinguido por lo nutrido y certero de sus fuegos.

Tal es, en resumen, la descripcion del espectáculo doloroso que de buques de una y otra parte arbolan nuestro glorioso pabellon. Mas doloroso aun por haberse exhibido ante buques extrangeros, que salieron á la mar para presenciarlo.

El espíritu de las dotaciones es excelente.

Llevamos, con escepcion de algunas horas, dos dias de tiempo duro del Este, con muchísima lluvia.—Lobo.»

Las fuerzas de la plaza obligadas por la necesidad, tenian que hacer frecuentes salidas á los pueblecillos inmediatos con objeto de arbitrarse recursos.

Una de las salidas últimas y quizás de las más importantes, la refiere el periodico «El Cantón Murciano» con fecha 21 de Septiembre, en esta forma;

«Como habíamos anunciado, á las 12 del día de ayer salió de Cartagena, una columna expedicionaria, al

mando del general en gefe á practicar un fuerte reconocimiento sobre las posiciones de la fuerza centralista.

Por la mañana había recorrido la línea un oficial de Estado Mayor con el teniente coronel de caballería y unos cuantos ginetes, y con arreglo á sus apuntes y noticias confidenciales, diariamente recibidos, fijó el general Contreras los puntos que había de recorrer la columna.

Salió esta por las puertas de San José, llevando á su frente la seccion de caballería; seguian las dos compañías de ingenieros con su carro, conduciendo los útiles de trabajo; después algunas fuerzas de Mendigorría, dos piezas de artillería, sistema Krup, un batallon de Iberia, que se distinguía á lo lejos por sus chaquetillas blancas, y parte del batallon de Guías de la República, que componen los valencíanos y los guías del general.

El general Contreras subió á la muralla por la puerta de Madrid y después de recorrerla bajó á la puerta de San José, por donde salió para incorporarse con la columna.

Al poco rato salió la fuerza de voluntarios, al mando de Galvez.

Derechamente, y con la fuerza del sol, adelantó la columna en masa hasta el límite de nuestros fuegos, situándose la artillería en una mesota que domina á Cartagena y el campo de la Palma, subiendo á un cerro inmediato Iberia y desplegándose en guerrillas las demás fuerzas.

Los dos cañones Krup rompieron el fuego sin pérdida de momento y sosteniéndolo nutrido por espacio de media hora, sin recibir contestación y logrando colocar todas las granadas alrededor de la casa Spottorno, donde se albergaba Martinez Campos y dentro de ella tres, según noticias recibidas.

Lo desusado de la hora, lo atrevido del golpe y la confianza en que hasta aquí han vivido las fuerzas cen-

tralistas, debió causar en estas alguna sorpresa, porque se las vió moverse con gran desconcierto.

Media hora tardaron en rehacerse, que fué tiempo suficiente á que acudiera la caballería y se formaran dos batallones de infantería que empezaron á maniobrar con lentitud, mientras la batería situada al pié de la casa referida contestaba con un fuego regular y bien dirigido á nuestros cañones Krup.

No tenían propósito nuestras tropas de presentar batalla, por más que algunas fuerzas la pidiesen con ánsia; por lo que después de cambiar bastantes disparos con los enemigos, se replegaron en buen órden, no sin que antes nuestros Krup contuvieran á la caballería centralista con sus certeros tiros.

En lo más crudo del fuego y hallándose el general Contreras detrás de nuestros cañones, cayó una granada enemiga entre su caballo y las piezas, que á haber reventado, hubiera causado quizás sensibles desgracias, pero, como la mayor parte de las contrarias, se embutió en el terreno, blando en exceso, apagándose la espoleta. Tambien cayeron muy certeramente algunas granadas en medio del cerro que guardaba Iberia, sin producir en los soldados la menor alarma, y, por fortuna, ni un solo herido.

Un caballo recibió un pedazo de casco en la boca con herida de poca importancia: un tambor de ingenieros vió romperse su caja con otro y un soldado únicamente recibió una contusion que no le ha precisado entrar en el hospital.

Continuando el reconocimiento por la derecha con direccion al camino de Herrerías, se colocó la artillería sobre una cumbre y la infantería marchó sobre la carretera á tiempo que el enemigo, alentado por la desaparicion á sus ojos de nuestra columna, destacó sin apagar sus cañones, dos batallones de infantería que se

aproximaron á las posiciones antes ocupadas por los nuestros, aunque resguardándose en un cerro grande para no ser vistos ni molestados por nuestros fuertes.

Pero eran seguidos por los anteojos del Atalaya que ya tenía disparadas varias granadas sobre la misma hacienda de Spottorno, aunque no sobre la casa por no permitirlo los cañones ya con toda su elevación, y puso con tal acierto un proyectil sobre el terreno en que operaban, que acordaron replegarse en masa y en buen órden con las tres piezas, sin haber hecho ningún disparo, hasta una llanura fuera del alcance del castillo, en la cual permanecieron más de una hora, haciendo tiros inútiles por estar fuera de ellos con exceso nuestras fuerzas.

Antes de replegarse los distinguieron tambien nuestros artilleros de la columna, enviándolos algunas granadas que no debieron contribuir poco á su pronta retirada.

Ignoramos si el enemigo tuvo bajas, aunque se aseguró anoche que una granada del Atalaya cayendo sobre la bateria Krup enemiga mató instantáneamente á un artillero. Debió haber bastantes, por que nuestros proyectiles, á diferencia de los suyos, reventaron todos al momento de caer en tierra.

Desde luego Martinez Campos recibió una verdadera sorpresa y sufrió no poco desconcierto; pruébalo el no contestar sino á la media hora con la bateria fija al pie de su misma casa, el movimiento de tropas que se veian llegar de varias partes con precipitación, y la duda en que estuvo durante dos horas que tardó en decidirse á tomar la ofensiva cuando ya no tenia enemigos que combatir.

Nuestras tropas, en su primera salida, han dado prueba de imperturbable serenidad; las compañías de ingenieros ardian en deseos de combatir; la caballeria escuchó con entereza el silbido de las balas; nuestros ar-

tilleros con tan buena punteria como los del enemigo; los movimientos ejecutados con regularidad, y las masas se movieron con la precision que puede pedirse á una tropa aguerrida.

En cuanto al general en jefe, no hemos de decir como estuvo; sus soldados venían hablando todo el camino de varios incidentes que colocan el valor que tan altamente tiene acreditado á una altura á que solo llegan contados generales. Su corazón, á veces, le hace olvidar su elevado cargo y tiene el entusiasmo ciego de un héroe.

Prosíganse estos provechosos ejercicios guerreros para estímulo de nuestras fuerzas, respecto de la contraria y crecimiento del entusiasmo federal, grandemente excitado durante el reconocimiento de ayer por el inmenso gentío que coronaba nuestras murallas.»

El dia 2 de Octubre, mandando Galvez «La Tetuán» y otros barcos, realizó una nueva expedicion á varios pueblos de la provincia de Almeria, desembarcando en Garrucha y pernoctando en Cuevas de Vera; regresó á Cartagena con algunos recursos de estos pueblos.

En los primeros dias del mes de Noviembre se eligió en Cartagena y por sufragio universal, la llamada Junto Soberana, obteniendo mayoria de votos los señores siguientes:

Don Antonio Galvez, 3,155; D. Antonio Roca, 2.982; D. Nicolás Eduarte, 2.918; D. Pablo Melendez, 2.923; D. Pedro Roca, 2.004; D. Juan Cobachos, 2.848: D. Tomás Bartomeu, 2.811; D. Roque Barcia, 2.716; D. Juan Contreras, 2.777 y D. Isidoro Rizo, 2.912.

Como se vé, Galvez obtuvo mayoria de votos.

Durante el mes de Diciembre fué estrechado el sitio de la plaza de Cartagena, arreciando el bombardeo y notándose que los jefes de los Batallones de Ibéria y Mendigorría estaban inclinados á la capitulacion. Galvez los vigilaba.

Siendo sargento mayor de la plaza el Coronel Carre-

ras dispuso éste que una noche con el pretexto de defender á Santa Lucía, salieran el batallón de Mendigorria y movilizados, dando un santo y seña que resultó ser el mismo que se había dado á las tropas de la línea para entrar á Cartagena.

Súpolo Galvez y dispuso que no salieran esas fuerzas y mandó prender á Carreras y á varios jefes y oficiales, llevándolos presos al castillo de Galeras, donde quedaron.

Al saberlo Contreras, subió á dicho Castillo y estando indagando lo ocurrido, fué Carreras y pidió permiso para ir al «retrete» y siendo vigilado se pudo observar que rompía unos papeles y los arrojaba; recogidos los trozos de papel, tuvieron la paciencia de unirlos en la misma forma en que estaban, antes de que fueran rotos por Carreras, y una vez hecha esta operación se comprobó que había sido vendida la plaza, consignando las recompensas de grados y dinero que se daba á los comprometidos.

Esto motivó que se hicieran nuevas prisiones de los que aparecían en aquella relación, siendo los presos conducidos de igual modo al Castillo de Galeras.

A los pocos días sospechó Galvez que á las 12 de la noche, había decidido la Junta Soberana embarcar y marcharse de Cartagena.

A cosa de las ocho, estaba reunida la Junta en el Ayuntamiento. Lo supo Galvez y acompañado de su hijo Enrique y, de su sobrino Paco, se dirigió al expresado edificio y preparados los tres convenientemente, entró Galvez y dijo:

—No se muevan ustedes: El que intente salir á la calle lo recibirán á tiros.

El general Ferrer preguntó á Galvez:=¿Puedo yo moverme?

Galvez contestó: —Puede V. pasearse dentro de este salon.

Quedaron los de la Junta asombrados y Galvez los de-

jó después en libertad á condicion de que no traicionasen la plaza y de que se marchara el que quisiera, pero diciéndolo antes.

Además de Carreras quedaron presos en el Castillo de Galeras, Pozas, Pernas, Del Real y otros.

En los primeros dias del mes de Enero era cada vez más horroroso el bombardeo.

Habian ya volado el Parque y la fragata «Tetuan», y la escasez de comestibles llegó á términos intolerables.

La rendicion de Cartagena se verificó en la siguiente forma, segun nos han informado testigos presenciales.

Empezó por el Castillo de la Atalaya, en la noche del 11 de Enero de 1874.

Habia en dicho Castillo de guarnicion, fuerzas del Regimiento de Iberia y movilizados, estos al mando de un individuo llamado Joaquin Pagan «El Enlosador».

El brigadier Carmona, del ejército sitiador, se venia entendiendo con el Joaquin Pagan y varios oficiales del Regimiento de Iberia, á fin de rendir el Castillo.

En la expresada noche del 11 de Enero, el Joaquin Pagán y varios á sus órdenes, prendieron al gobernador del Castillo de la Atalaya y con todas las fuerzas que guarnecian este, se marcharon á la línea del sitio y se presentaron al general Lopez Dominguez, dejando el Castillo en el más completo abandono.

El comandante del Castillo pidió á dicho general que lo fusilara.

Lopez Dominguez mandó inmediatamente fuerzas que ocuparan la Atalaya, lo cual consiguió en la madrugada de aquella noche.

Durante las pocas horas en que el Castillo estuvo abandonado, uno de los movilizados que lo guarnecian y que era conducido para presentarlo al general Lopez Dominguez, logró evadirse y llegó presuroso á la plaza,

preguntando por Galvez y refiriéndole lo ocurrido en el Castillo.

Inmediatamente Galvez, con una compañía de Mendigorria y otra de voluntarios, subió al Castillo con objeto de rescatarlo; pero llegó tarde, pues ya estaba ocupado por las fuerzas sitiadoras.

Quiso, sin embargo, ver si podia reconquistarlo y llegó hasta cogerle los brazos á dos centinelas apartándolos de su puesto; pero en este momento empezaron á hacer fuego los del Castillo, retrocediendo la compañía de Mendigorria y quedando Galvez casi solo, teniendo entonces que retirarse, dejando en el Castillo algunos prisioneros. Mientras tanto las fuezas dispersas se reconcentraron en Quitapellejos y convinieron meterse en la plaza.

Contreras creyó que Galvez habia sido muerto al pie del Castillo de la Atalaya y cuando le vió llegar le abrazó llorando.

Ya en la plaza, se acordó montar en la muralla un cañon grande giratorio para hostilizar al dia siguiente el Castillo de Atalaya, en combinación con la «Numancia» y el Castillo de Galeras, y así se hizo, aunque sin resultado.

En la noche de aquél dia 11 de Enero, una compañía del Regimiento de Iberia, cediendo á los deseos generales de capitular, quiso prender á Galvez, cuando este se encontraba en un barracon de madera que habia en las puertas de Murcia. Llegó la compañía y exigió á Galvez que firmara una órden para que el comandante del Castillo de Galeras pusiera en libertad á Carreras y otros jefes que estaban presos. Galvez se negó á firmar esa órden, mostrando mucha sangre fria y ocultó el hecho el tiempo que pudo, para evitar un conflicto.

Creyendo los de Galeras y Numancia que Galvez estaba preso, volvieron sus cañones sobre la plaza y ame-

iazaron con romper el fuego si no entregaban el caudillo.

Cerca del amanecer llegó Galvez á la «Numancia» y al comandante de esta fragata Sr. Calao, temiendo que le asesinaran, le dijo:=De aquí no sales.

Y en efecto, Galvez ya no salió de la fragata.

Los mismos de Iberia, tambien quisieron prender á Contreras, produciéndose una desmoralizacion tan grande en las fuerzas de la plaza, que esta no tuvo más remedio que rendirse el dia 12 de Enero.

A las seis de la tarde de aquel dia, Galvez, Contreras y otros que no quisieron capitular, se marcharon en la «Numancia», marchando este barco con las luces apagadas por delante de siete buques de guerra extrangeros, con rumbo á Orán, donde desembarcaron al siguiente dia.

Las fuerzas sitiadoras ocuparon la plaza de Cartagena, dándose por terminada la revolución cantonal.

De Orán marchó Galvez á Suiza, y aunque fué condenado á la pena de muerte, regresó á esta capital por Madrid, siendo perseguido hasta que se publicó la amnistía general que le alcanzó después de la restauración.

Las fuerzas que formaban el Ejército sitiador fueron las siguientes:

De infantería, los regimientos de Africa, de Córdoba, de Galicia, de la Lealtad, reserva de Madrid y Cazadores de Figueras y de Alcolea.

De Ingenieros el primero y segundo regimiento.

De Artillería de á pié el primero, segundo y tercer regimiento.

De Artillería montada el primero, segundo, cuarto y quinto regimiento.

De Artillería de Montaña, el segundo regimiento.

De Carabineros las Comandancias de Alicante, Murcia y Málaga.

De Guardia civil, el quinto, y noveno tercio.

De Caballería, los regimientos de Arlabán, de Farnesio, de Villaviciosa, de España, de Sagunto, de Santiago, de Calatrava, de Villarrobledo y depósito de Córdoba.

Estas fuerzas formaban un total de 54 jefes 454 oficiales y 10.213 individuos de tropa, que hacen en junto 10.721 hombres.

Desde el dia 26 de Noviembre de 1873 hasta 12 de Enero de 1874, dispararon las baterias sitiadoras 27.189 proyectiles y en igual periodo de tiempo dispararon los revolucionarios 16.485.

El dia 12 de Enero por la noche, entró en la plaza de Cartagena el brigadier Carmona conforme á lo tratado con los parlamentarios de la plaza, al obscurecer de la noche anterior, once.

El dia 13 entró en la plaza el general sitiador D. José Lopez Dominguez, acompañado del gobernador civil de la provincia D. Juan Bautista Somogi.

—

Galvez, siguiendo su costumbre de siempre, se dedicó á la agricultura después de la amnistia, pues el cultivo de la tierra y la revolución, han sido las tareas en que aquel caudillo venia alternando toda su vida.

Después de la restauración, visitó á Cánovas del Castillo, con quien tuvo una grande y sincera amistad particular.

Cánovas sentía por Galvez una gran estimación; las puertas de su casa siempre estaban abiertas para aquel revolucionario impenitente y en las conversaciones intimas que ambos sostenían, Cánovas dijo á Galvez en una ocasión que pedia á Dios no verse obligado á fusilarlo, porque estaba bien persuadido de que el jefe de los federales no se arrepentía ni se enmendaba en todo lo

concerniente á conspiraciones para hacer triunfar sus ideas.

Al que escribe estas líneas, le ha dicho más de una vez D. Antonio Cánovas, que Galvez era un hombre honrado, un gran caudillo de sus ideas exageradas y un político, á su juicio extraviado, pero muy puro y muy sincero, incapaz de hacer el mal á sabiendas, valiente hasta la temeridad y dotado de sentimientos generosos.

Debemos hacer constar un rasgo íntimo de Galvez.

Jamás ha faltado á sus deberes conyugales; amaba á su buena esposa con lealtad sincera: y una vez, cuando era Diputado á Córtes y estando en Madrid, varios amigos y correligionarios llevaron á Galvez á una casa, con el pretexto de hacer política; allí comieron y después se enteró Galvez de que estaba en un sitio en donde la moral no estaba bien representada; y acto continuo se retiró de aquella casa, increpando tan duramente á sus amigos que algunos de ellos se ofendieron, diciendo que con Galvez no se podian gastar bromas.

Tambien podemos asegurar, que Galvez no ha tenido más vicio que fumar cigarros de diez céntimos; el juego, la bebida y otros escesos, no lograron jamás que Galvez les rindiera culto. Era muy sóbrio en el comer y muy modesto y sencillo en sus costumbres y en su trato.

En el año 1875, el cólera morbo asiático azotó horriblemente la ciudad de Murcia y su provincia.

Galvez, como de costumbre, se presentó en la capital, en donde reinaba el pánico y levantó el espíritu público, visitando los enfermos, socorriéndoles en todo cuanto podia, acudiendo á los pueblos rurales más castigados por la epidemia y dando pruebas de caridad cristiana.

En aquella epidemia, falleció víctima de ella, su hija Encarnación, jóven y soltera, á quien Galvez queria entrañablemente; y concluido su enterramiento, Galvez volvió á Murcia á continuar su humanitaria tarea

de asistir á los epidemiados, visitando los focos más temibles y haciendo verdadero desprecio de su vida.

Esta fué una de las más simpáticas campañas de Galvez, por la que mereció del Gobierno una condecoración que no aceptó, como de costumbre.

El dia 11 de Enero de 1886 ocurrió en Cartagena la famosa sublevación del Castillo de San Julián, en la que murió, víctima de su valor y de su desgracia, el general gobernador de la plaza D. Luis Fajardo, y por cuyo gravísimo suceso fué Galvez perseguido y condenado á muerte por la jurisdición de guerra.

Este hecho, nos lo ha relatado Galvez. en la siguiente forma:

A fines de Diciembre de 1885, se le presentó en su casa un individuo que dijo llamarse Manuel Garcia, vecino entonces de Cartagena y natural de un pueblo de la provincia de Valencia.

Este sugeto le manifestó que tenia arreglada la sublevación de la plaza de Cartagena y que solo faltaba que Galvez se pusiera á la cabeza, sin lo cual nadie queria sublevarse.

Galvez, que siempre estaba dispuesto á jugarse la vida por sus ideas, le contestó:—Pues si todo depende de mi, yo estoy siempre dispuesto.

El dia 6 de Enero de 1886, el Garcia buscó nuevamente á Galvez, esperándolo en su casa, pues aquel estuvo aquella tarde en el tiro al pavo que se verificó en el vecino pueblo de Espinardo.

Cuando Galvez regresó á su casa estaba allí el Garcia y aquel le preguntó ¿qué hay?

—Todo dispuesto para cuando V. quiera.

—Yo quiero siempre.

—¿Cuando nos marchamos?

—Mañana mismo estoy en Cartagena.

Galvez, en esto de la sublaciones, fué muy confiado

siempre; jamás suponia que pudiera ir á un fracaso y nunca temió los riesgos.

El dia 8 de Enero de 1886 estaba Galvez en Cartagena, se alojó casa de un amigo suyo llamado D. Pedro Sanchez, que era fiel contraste, y se supone que le acompañaron algunos de sus más íntimos amigos.

Galvez se puso á la cabeza del movimiento.

Como de costumbre estuvo con él en este gran peligro su hijo Enrique.

En la noche del 10 de Enero, noche obscura, fria y tempestuosa, marchaban para el Castillo de San Julian diez y ocho paisanos armados.

Subieron hasta el Castillo sigilosamente, y á cosa de las doce de aquella noche, llegaban á las puertas del mismo sin dificultad.

Saltaron el rastrillo con gran riesgo, pues de los pinchos de hierro quedó colgado y herido uno de ellos.

Después de saltar el rastrillo, tocaron en la puerta del mismo, con señal convenida y la puerta se abrió silenciosamente, como si alguno, en combinacion con los sublevados, se hubiera comprometido á ello.

La guardia del Castillo dormia; el alferez estaba tambien dormido, y el teniente dormitaba en un sillon, al calor de un brasero.

Los paisanos, ya dentro del Castillo, se apoderaron de las armas y sorprendieron al teniente, que era comandante del mismo, encerrándolos en un salon y colocando en la puerta de este, que era algo endeble, dos centinelas de vista.

Izaron una bandera y dispararon varios cañonazos, haciendo señales á la plaza y demás Castillos, que no contestaron.

Todo aquel día 11, Domingo, estuvo sublevado el Castillo en espera de que fuese secundada la revolución. Durante aquel día disparó el Castillo diez y ocho cañonazos sin lograr que le contestaran.

A cosa de las 9 de aquella noche, el general de la plaza D. Luis Fajardo, llegó á las puertas del Castillo, acompañado de unas cuantas parejas de la guardia civil, pues no tuvo paciencia para esperar que formaran otras fuerzas.

Dejó el general á los guardias civiles, escondidos detrás de unos riscos y se adelantó completamente solo hasta las puertas del Castillo y llamó resueltamente.

—Atrás, le dijeron.

—Soy el general de la plaza. Abrid y rendíos.

—Atrás=repitieron los de dentro—no haga usted locuras.

=Abrid: yo lo mando; estoy dispuesto á cumplir con mi deber, replicó el general.

—Atrás, atrás; no queremos matarlo, atrás.

Y visto que no abrian, el general Fajardo, sin apartarse de la puerta del Castillo, mandó hacer fuego á la guardia civil, disparando tambien los sublevados.

El general cayó herido en una pierna, de cuyas resultas murió á los tres días.

Al caer en tierra, dijo.—Gracias señores cantonales, me han herido ustedes. A esta voz cesó el fuego.

En este momento llegaron algunas fuerzas, al mando del Comandante Nevot, el cual dijo á los sublevados, —estais perdidos, estais sitiados, no teneis salvación.

Los sublevados volvieron á disparar y entonces Nevot, les dijo:—no hagais fuego, dejadnos recoger al general que está herido; echad una manta.

Los cantonales suspendieron el fuego y echaron una manta por encima del rastrillo: hacia mucho frío.

Mientras recogían al general herido, los sublevados viéndose perdidos acordaron abandonar el castillo y así lo hicieron, bajándose á rastras por la parte opuesta, sobre la playa.

La fuerza que había prisionera en el Castillo, observó la huida de los sublevados y rompiendo la puerta del

salón donde estaba encerrada, pudo aun recoger las armas y disparar en las sombras de la noche, sobre los que huían, sin hacerles bajas.

El Castillo, al amanecer estaba en poder de las tropas del gobierno y los sublevados lograron escapar con grandes fatigas, dividiéndose en parejas é internándose en las minas.

Galvez, comprendió que no podia ya permanecer en Cartagena y marchó casa de un Cónsul amigo suyo, el cual le dijo que no le comprometiera. Seguidamente marchó casa de un obrero amigo suyo, el cual lo recibió en su humilde casa, metiéndolo en la alcoba.

Ya de dia, la esposa de aquel obrero, sintió los dolores de un próximo alumbramiento y Galvez tuvo que salirse de la alcoba.

Le instaron á que se disfrazase quitándose la barba que en él tanto le distinguia, y no quiso.

Cuando aquel obrero estaba tan apurado, Galvez en pleno dia y con su mismo trage, tomó al azar una tartana y salió de Cartagena sin ser visto.

A los pocos dias, aquella tartana, conducia al patíbulo al desgraciado Bartual, por creerlo comprometido en la sublevación.

No fué capturado ninguno mas de los sublevados, aunque se hicieron muchas prisiones.

Durante un largo periodo, á partir desde esa fecha, Galvez fué muy perseguido y no salió de España, pues todo el mundo le amparaba, recogiendo así el fruto de sus buenas obras. Galvez no tenia enemigos y por ello ha podido defenderse de las muchas sentencias de muerte que han pesado sobre su cabeza.

En este periodo de largas persecuciones, falleció la esposa de Galvez.

En la noche del 6 de Abril de 1887, estaba expirante la mujer de Galvez y este á su lado, á pesar de la activa

persecucion de que era objeto por parte de la guardia civil.

Aquella buena esposa, comprendiendo el peligro que corría su marido le decía:—Márchate, Antonio; márchate que no te cojan y yo muera con ese sentimiento.

Galvez contestó:- mejor, así moriremos los dos.

La esposa de Galvez falleció el siguiente día 7 de Abril. Galvez la amortajó, la colocó en el ataud y arrodillado la besó, habiéndole visto llorar algunos íntimos amigos la primera vez en su vida.

Como en la causa que se instruyó por la sublevacion del Castillo de San Julian, no habia declaraciones de cargo contra Galvez, éste pidió que se abriera sumario nuevamente, y en 1891, recayó auto de sobreseimiento á su favor, por lo que ya quedó en libertad.

A pesar de los altos cargos que habia ejercido y del grande relieve de su personalidad, aceptó un puesto de concejal del Ayuntamiento de esta capital, cuando se acordó que concurrieran todos los partidos políticos á las elecciones municipales.

Acudía á las sesiones, dando pruebas de sensatez en materias municipales.

El dia 24 de Marzo de 1892, Galvez sufrió uno de los más terribles golpes de su vida: falleció su hijo Enrique, cuyas prendas personales le habian conquistado inmensas simpatías: era un hombre sin hiel: todo bondad y corazón.

Desde entonces Galvez vino decayendo en sus fuerzas físicas, y aunque nada decía á nadie, se observó que el fallecimiento de su hijo le produjo un dolor terrible, que le ha acompañado hasta el sepulcro.

—

Desde esa fecha en adelante, Galvez ha vivido en sus quehaceres agrícolas, aunque siempre preparado para la revolución, á la que no renunció ni un momento.

Galvez ha fallecido en su propio lecho después de tantos azares; una afección cerebral ha concluido con su vida, que la historia y no nosotros juzgará con mas acierto.

Aunque otra cosa se haya dicho, Galvez jamás ha alardeado de sentimientos contrarios á la religion, pues no hablaba mal de ella ni de nadie.

Hay que reconocer que sus hijos están bautizados y casados canónicamente; que un nieto, hijo de Enrique, nacido en poder de Galvez y después de muerto aquel, fué bautizado; que dió dinero alguna vez para las fiestas celebras en el pueblo de Torreagüera en honor de su titular el Santo Cristo del Valle; que en su casa está la eremita de San Blas, al que se le han hecho funciones pagadas por él, y que estaba tan encendido en los sentimientos de caridad, que daba cuanto tenia. Mas de una vez marchó á pié de esta capital á su casa, por haber dado de limosna cuanto tenia, y no guardarse una peseta para el billete del ferro-carril.

Su hijo político D. Manuel Escudero y su sobrino Francisco Galvez, nos han dicho que en los últimos dias de su vida, hablaba poco, casi nada, por efecto de su gravedad, pero que más de una vez le oyeron decir,—¡Ay Dios mio!—¡Virgen Santisima!

Galvez tenia bienes propios y no deja ni cinco céntimos; todo lo ha dado á la política y á los necesitados, distinguiéndose siempro por sus aficiones á amparar los desvalidos.

Ha muerto, como hombre político, puro, honrado y digno.

Su entierro fué una inmensa manifestación de duelo, concurriendo mas de cuatro mil personas, siendo sepultado en el cementerio de Torreagüera, en unión de los suyos y en un panteón de familia, por él construido.

Era tan poco cuidadoso de sus papeles, que no se le ha encontrado ninguno de los muchos importantes do-

cumentos y cartas que debía tener; se cree que los quemaba por no comprometer á nadie, pues su correspondencia, generalmente, se refería á conspiraciones.

¡Dios le haya concedido su eterna bienaventuranza!

La prensa de toda España, se ha ocupado de la muerte de Galvez, elogiando al político sincero que dió vida y hacienda por sus ideas, mientras que otros se han enriquecido.

En estos tiempos de egoismos, se agiganta más la figura de Galvez.

—

Y aquí terminamos esta breve y sencilla historia, escrita en ocho dias, bajo los apremios de otros quehaceres.

Siendo Galvez un murciano notable, hemos querido coleccionar algunos de sus hechos para que en el porvenir sirvan de memoria.

No hemos participado jamás de sus ideas políticas, pero siempre hemos aplaudido su honradez.

Dedicamos este recuerdo desinteresado á su buena amistad y pedimos indulgencia á los lectores de este modesto libro.